



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 5 Marzo 1914.-Número 10.

Sucursal:
Rivadavia, 698
Buenos Aires

Vergonzoso y criminal

¡Qué desconcierto! ¡Qué de ambiciones! ¡Qué de indignidades! ¡Qué de escándalos! ¡Qué de insultos! ¡Qué de vituperios entre los republicanos con motivo de las actuales elecciones! Se ha destapado la alcantarilla de nuestras malas pasiones y de nuestros odios, y la porquería rebosa.

¡Candidaturas dobles en las tres poblaciones más importantes de España y en una de ellas triple, frente a los monárquicos divididos!... ¡Y trabajos en la sombra para favorecerlos!... ¡Y ayudas prestadas casi a las claras! ¡Y todo cubriéndolo con la bandera de la República!

¡El amor propio alzándose iracundo en hombres que jamás lo fundaron en el cumplimiento del deber!... ¡El afán de alcanzar un acta o de impedir que la logre el correligionario sobreponiéndose a las ideas de honra y dignidad!... ¡Pactos enjendrados por apetitos inconfesables!...

No quiero escribir hoy ni una letra sobre esta degradante, bochornosa y antipatriótica actualidad.

Cuando hay que cubrirse avergonzados el rostro con las manos, no puede agarrarse la pluma.

Esto explicará a mis lectores la confesión extraña del número de hoy.

JOSE NAKENS

¡Si yo fuese cura!...

¡Cuántas veces, arrastrado por el torbellino de una existencia ruda y fatigosa; con un pasado triste, un presente equivoco y un porvenir incierto; cansado de luchar y sin fuerzas para resistir; rendido, desanimado; cuántas veces, repito, he dado al viento esta frase con la angustia de la esperanza muerta: ¡Si yo fuese cura!

Nunca fui envidioso, por impedírmelo la alta idea que de mí tengo, mas lo declaro ingenuamente: al contemplar por esas calles a los siervos de Dios, gordos como quien no tiene cuidados y tranquilos como quien para nada se preocupa del mañana, siento en mí algo que si no es envidia se le parece mucho, y luego hasta a encontrar elegante su desairado traje y distinguida su vulgar fisonomía.

¡Ah! Si se naciera dos veces, y la segunda con la experiencia adquirida en la primera, cura y sólo cura sería yo.

Terminada la carrera, para la que no se requieren grandes aptitudes, habría procurado conseguir el curato de un pueblo con monte y río, cielo alegre y aires

puros, apartado de las grandes vías de comunicación lo bastante para no verme molestado a menudo con visitas pastorales, y no tan lejos de una ciudad populosa que me impidiera ir a echar una canilla al aire de vez en cuando.

Me levantaría con el alba, higiénica costumbre que siempre tuve, y saldría al huerto de la casa cuando el tiempo lo permitiera a respirar el aura embalsamada, ora con el aroma de las primeras flores, ora con el de los primeros frutos, recreando a la vez mi vista en la contemplación, según las épocas, del almendro, el cerezo o el granado en flor en el momento de humear su follaje el primer beso que el sol les diera al desprenderse de los brazos de la casta aurora.

Después, y a eso de las ocho en verano y a las nueve en invierno, me trasladaría al templo, situado a pocos pasos, para decir misa a los fieles y exhortarlos a la práctica de todas las virtudes que no estuviesen reñidas con mi influencia y bienestar, y me retiraría luego a mi casita, donde ya me tendría preparado un sano almuerzo la graciosa joven dedicada a mi cuidado, el que me serviría con movimientos de cervatilla y gorjeos de alondra.

Aparte los días que, escopeta al hombro, saliera por aquellos cerros en demanda del conejo, la perdiz, la codorniz, la chocha y otros animalitos creados expresamente para distracción y alimento del hombre, y más aún del cura, dormiría al terminar el reparador almuerzo una siesta de un par de horas, a fin de encontrarme agil y bien templado para las visitas que haría a mis feligreses antes de dar un higiénico paseo.

Algunas noches iría un rato de tertulia a casa del boticario o del alcalde, pero las más vendrían ellos a la mía; y hoy jugando al tresillo, mañana haciendo una ligera colación, pasado oyendo algo de música, aguardaría a las diez y media o las once, hora en que invariablemente me recogería.

Para las faenas un tanto molestas del oficio, rezar rosarios improductivos, celebrar novenas baratas, administrar el bautismo a los pobres, el viático y la extremaunción, tendría un economo de alguna edad, que no pudiera en ningún caso desbaratarme plan alguno, y al que encomendaría también la lidia de las beatas andrajosas y viejas, las que más dan que hacer en el confesonario sin provecho ninguno para el cuerpo ni para el bolsillo.

En los días que dedicara a la confesión, mi trabajo aumentaría un poco, más lo llevaría con paciencia por las ventajas

que el acto me traería. Por saber lo que cada cual hacía en el pueblo, y lo que deseaba y lo que pensaba, sufriría con gusto aquella pequeña molestia.

Esto de la confesión, sin embargo, me habría preocupado un poco. Tener allí, a mis pies, arrodillada una mujer hermosa, percibiendo las notas más apagadas de su aliento entre los sollozos y suspiros que la revelación de toda culpa arranca; excitarla a que entrase en detalles íntimos para poder apreciar la intensidad de la culpa y aplicarle la penitencia sin lenidad, pero también sin exceso, todo esto, lo he dicho, me habría preocupado un poco. Mas no estando en mi mano variar la física naturaleza humana, procuraría no caer diariamente más que las siete veces que se le conceden al justo, que ya son bastantes, y con esto acallaría los escrúpulos de mi quisquillosa conciencia.

Si la hermosa compañera de mi soledad, por rendir tributo a la ley de la procreación tuviese un amoroso descuido, yo, haciendo uso de la facultad de perdonar los pecados que me fué conferida en la ordenación, derramaría sobre su llagado pecho el bálsamo del consuelo, y sus hijos parecerían también míos por el cariño y solicitud con que los atendería.

Y como entonces no se hubiera publicado EL MOTÍN, viviría feliz y satisfecho haciendo alguna que otra obra de caridad, para que los hombres pudieran decir con razón que les ayudaba, las mujeres que las consolaba, y los niños me dieran el dulce nombre de padre.

Y de este modo vería llegar sin sobresaltos mi última hora, bendiciendo a la Providencia por haberme inspirado la buena idea de cantar misa para sustraerme a la condena terrible de *trabajo forzado* de por vida fulminada en el Paraíso contra el hombre, sin que el ser cura me hubiera impedido gozar de ninguno de los placeres que nacieron de aquella simpática, hermosa y necesaria primera desobediencia.

Y cuando mi última hora llegase, ¡con qué beatífica sonrisa me despediría de los imbéciles que me habían dado dinero contante y sonante a cambio de letras sobre el Purgatorio, y cómo bendeciría la hora en que se me ocurrió acogerme a sagrado! Con seguridad que si algún ser querido, del mismo sexo que yo, estaba en aquel instante cerca de mí, esta sería la última recomendación que le hiciera, con voz ya vacilante y apagada: «¡Haz... te... cu... ral... ¡cu... ral...!»

El freno religioso

¡Sí, sí! Habladme del alma, de la otra vida, si no queréis que muera asfixiado en la cloaca del materialismo en que se revuelca mi desdichada patria.

Brotan ideas terribles en los cerebros y escúchanse frases espantosas. Los sentimientos desaparecen para dejar paso á los instintos, y la bestia sustituye al hombre.

Aire puro que respirar; luz que alumbrar el caos; pasto de ideología para el alma; teología, metafísica; algo que eleve y purifique.

Porque si esto me ocurre á mí, que al fin y al cabo conservo un resto de fe, ¿qué no les ocurrirá á los desventurados que carezcan de ella en absoluto?

Frenos, vengan pronto frenos morales y religiosos para detener la máquina de la incredulidad, ó la raza española caerá pronto en el derrumbadero de la degradación más completa.

El peligro es seguro, la catástrofe inminente, y debemos todos acudir á conjurarla, ya que por fortuna es tiempo todavía.

Hay que resucitar la idea de Dios, ese padre amoroso que no tiene pasiones y atiende en teoría por igual á todos sus hijos. ¿Qué importa que resulte lo contrario en la práctica? Para estos casos se ha inventado lo de sus inexcrutables designios.

¡La religión! Otra idea sublime. El hombre ha venido al mundo para sufrir; cuando le den una bofetada en una mejilla debe poner la otra; el cuerpo humano es un vaso de podredumbre; los instintos naturales deben reprimirse. ¿Qué le hace que estas máximas pugnen con la lógica y la razón, y hagan imposible la vida, si se consigue con ellas contener á la multitud hambrienta y desnuda?

Con esas ideas y otras dos ó tres que en este instante no recuerdo, basta y sobra para sujetar las masas extraviadas. Mas como todas, con ser tan poderosas y eficaces, unas por su origen divino y otras por ajustarse á los cánones de la moral más pura, no producen ni producirán nunca el efecto que una pareja de la Guardia civil, propongo de paso el aumento de la benemérita.

1887

La impiedad condenada

Cada vez que pienso en todo aquello de que me he privado por impio, me entran ganas de abjurar de mis errores y volver á los amorosos brazos del catolicismo.

Mas ¡ay! es tarde ya. Las mujeres, que me gustaron mucho, dicho sea en alabanza mía, no me harían caso ahora, ni aun siendo beatas, clase la más alegrilla del sexo; no tengo esa ambición que excluye toda idea de honor y decencia para subir; no pienso meter la mano izquierda en la bolsa ajena mientras con la derecha me santigüo... ¿Que adelantaría, pues, con hacerme católico ya?

¡Buen majadero he sido! Hoy que mi vida declina y que apenas me quedaría tiempo para arrepentirme, si por ahí me diera, es cuando reconozco que he vivido engañado.

La religión no estorba para nada, y en cambio lo facilita todo; sirve principalmente para cerrar los oídos á los gritos de la conciencia. ¿Que se ha faltado á algún precepto de moral ó de justicia? ¿que se ha causado daño á alguien? Al confesonario derecho. Se llega, se pone la rodilla en tierra, se dice el pecado, se recibe la absolución, se cumple (ó no se cumple, es lo mismo) la penitencia, y vuelta á las andadas. Hermoso y consolador.

Es además una ganga la religión. Nadie lo sabe mejor que quien carece de ella y comete la torpeza de decirlo.

Todavía, y para que se vea lo imparcial que soy, transijo con que no se tenga; pero que no se entere ni el cuello de la camisa. Y menos alardear de ello.

¿Qué bienes nos vienen con esa gracia? Ninguno, y si muchos males.

El que se burla de cosas y personas santas, ó las combate, pasa desde luego por mal educado; después, no hay vicio que no se le impute ni delito de que no se le crea capaz. Lo que en un creyente sería solo una leve falta merecedora á lo sumo de cariñoso reproche dulcificado por una sonrisa indulgente, en un impio resulta crimen abominable, digno del garrote en esta vida y de la caldera hirviente en la otra. Por otra parte, la palabra impio cierra las puertas todas.

Lanzada sobre cualquiera, lo inutiliza hasta para sus negocios particulares. Ya puede ser honrado, leal, noble... Esa palabra caerá sobre sus buenas cualidades como losa de plomo. Sus méritos serán deficiencias; sus virtudes, miedo á la guardia civil; su talento, charlatanismo; su energía, desvergüenza; su dignidad, hipocresía.

En cambio, el que adquiere la patente de buen católico puede tener la seguridad de que sus deficiencias serán méritos; sus vicios, virtudes; su imbecilidad, talento; su cinismo, entereza, y prudencia su hipocresía. Si peca, lo disculparán; si decae, le ayudarán; si cae, lo levantarán: al revés que al otro, á quien derribarán si está enhiesto, abatirán si no decae, calumniarán si no peca.

Por estas razones yo ruego á quienes empiezan la vida, hombres ó mujeres, que no sigan mi ejemplo. Crean, si pueden, y si no, aparentenlo. Que jamás salga de su boca un chiste contra la religión, y menos una blasfemia; esto último, sobre ser de mal gusto, escandaliza á los corazones corrompidos.

Sigan la corriente: nada más fácil, ni más cómodo, ni más provechoso. Los que nadan contra ella se ahogan tarde ó temprano.

Como habrán advertido, no les encargo que sean honrados ni dignos, no; esto es secundario para alcanzar consideración y respeto. Mas por todo lo que más

amen, no sean impíos; y si lo fueren, no lo parezcan.

Así alcanzarán la mayor suma de bienes en la tierra, y disfrutarán de la bienaventuranza eterna, si es que al fin no resulta una farsa lo de la otra vida.

1895

Bendición en venta

El Papa ha bendecido la nación española. Yo soy español, luego me corresponde una parte.

Ahora bien; ¿habrá quien quiera decirme para qué sirve eso? Francamente, no lo sé. ¡Estoy tan alejado de esas cosas!...

Si sirve para algo, indicádmelo y me quedaré con ella. ¿A qué está uno sino á atesorar cosas útiles? Pero si no sirve, decídmelo también. ¿A qué guardar futilidades?

Yo creo, á juzgar por lo que me viene ocurriendo desde que soy propietario de esa parte de bendición, que no sirve para nada. Sigo lo mismo que antes de poseerla; tengo frío cuando el termómetro baja y calor cuando sube; vamos, que eso no da ni frío ni calor. Dinero tampoco da; puedo atestiguarlo.

Paciencia para sufrir á los necios, resignación para soportar injusticias, desprecio para repartirlo equitativamente, esto, aunque lo diera, no lo utilizaría, porque me sobra.

¿Para qué sirve, pues, la bendición papal?

¿Puede venderse? En tal caso, á ver si un alma caritativa me envía un marchante. ¿Puede siquiera empeñarse? Vengan las señas de la casa que se dedique á ese negocio. Vendida, la daré muy barata; empeñada, pediré poco por ella.

Mas ni no sirve para traer bienes ni evitar males, ni hay quien la tome en empeño ni la adquiera en venta, yo, enemigo declarado de lo inútil, renuncio generosamente á la parte de bendición que me corresponde y la cedo á quien la quiera.

Pásese por mi casa el que la desee, é iremos inmediatamente á extender la escritura de cesión.

Los gastos de cuenta del favorecido. Y el alboroque.

1888

El alma y la moneda

Aunque varias veces lo he dicho, hoy lo repito: me tienen sin cuidado, como al mayor número, los misterios, los milagros, el dogma, todo lo que se relaciona con la parte puramente espiritual de la religión católica. Sé á qué atenerme, gracias á la astronomía, la geología, la física y la química, y no es cosa de perder el tiempo en combatir cuanto los curas dicen. El que por su inteligencia menaguada se preocupe de eso, ó al que le converga aparentarlo, allá se las haya.

Lo que si merece ser combatido á toda hora y en todos los terrenos, es lo de que se funde sobre eso un sistema de saqueo; y en tal sentido, dignos de alaban-

za son cuantos se dedican en una u otra forma á echar por tierra toda leyenda.

Es terrible esto de que no haya moneda segura en el bolsillo del mortal que viene al mundo á descrismarme para poder siquiera comer patatas, porque el cura se llame á la parte en sus ganancias, en España como en todo país, y sea cual fuere la religión que profese.

Siendo católico escucharé esto ó algo parecido:

«Dios creó la tierra hace unos seis mil años, según el padre Petavio.—Por lo tanto, tengo derecho á una parte de lo que ganas.»

«Cristo, su hijo, nació de una virgen y en un pesebre.—Vengan, pues, los ahorros que tengas.»

«Herodes quiso decapitar al niño, y para evitarlo tuvieron que llevarle San José y la Virgen á Egipto.—A ver si te quedan por ahí algunas pesetas.»

«A los treinta años Cristo comenzó á predicar.—Págame el bautizo de tu hijo.»

«Hizo Jesús una porción de milagros.—No te descuides en llevarme aquellos cuartejos del entierro de tu padre.»

«Lo prendieron en el huerto de Getsemani.—Afloja la bolsa para celebrar una novena.»

«Lo llevaron de Anás á Caifás y de Caifás á Pilatos.—Suéltame la mosca.»

«Lo azotaron, le escupieron, y lo crucificaron.—Que no dejes de pasarte por casa con ese piquillo.»

«Al tercer día resucitó de entre los muertos y está sentado á la diestra de Dios padre.—¿Lo oyes? ¡Sentado, y á la diestra! Dame un duro.»

«Y desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.—Con tan plausible motivo, no te duermas para pagarme los responsos que me debes.»

Y así sucesivamente, pues no hay acto que no sirva de pretexto al cura para llamarse á la parte en todo cuanto el hombre posee.

Paso por lo de que Cristo viniera á redimirnos y á hacernos partícipes de su gloria; no discuto sobre nada de lo que se relacione con lo que ocurre de tejas arriba; pero ¿es esta razón suficiente para que no puedan los seres humanos ni nacer, ni vivir, ni morir sin que les salga al paso un individuo torsurado ó acerquillado pidiéndoles dinero á cuenta de aquel favor que Cristo nos hizo? ¿Qué favor es ese que ha convertido al hombre en pechero del cura y el fraile? ¿Qué crédito dar á las palabras más sublimes si vienen mezcladas con una petición de ochavos?

Pierdan las gentes de Iglesia la antipática costumbre de mezclar las palabras Dios, Cristo, Virgen, sacramentos, misas, santos, cielo, infierno, purgatorio, con las de duros, pesetas, emolumentos, derechos parroquiales, etc., etc., (aquí ochenta líneas de etcéteras), y quizás nos entenderemos.

Algunos curas preguntarán sobresaltados:—«¿Y quién va á vestirnos y alimentarnos entonces?»—¿Que quién, hombres de poca fe? Dios, el mismo que decís que

viste á los lirios del campo y alimenta á los pajarillos. ¿O dudáis acaso que haga por vosotros, sus representantes, lo que hace por las aves y por las flores?

1895

Monaguillo presunto

Un periódico clerical dice que aún no desconfía de verme ayudando á misa.

Confiar es; pero, en fin, cosas más extrañas se han visto. Por esto no me propuso á decir: á misa no ayudaré.

Y voy más lejos: anuncio que pudiera estar cercano ese día, si se cumplieran estas sencillas condiciones que pongo para dar tan decisivo avance en el camino de mi salvación.

Que los obispos renuncien sus sueldos en beneficio de los pobres.

Que los curas sean castos, prudentes, tolerantes, humildes é ilustrados.

Que los frailes no intriñen, ni acaparen ni pederasteen.

Que se supriman los millares de socallinas que esquilmán al pueblo católico por conducto de hermanos ó tíos de esto, y cuñadas ó suegras de aquéllo.

Vea yo eso, y ayudaré á misa, no un día, sino todos; y hasta confesaré y comulgaré por Pascua florida, ó antes si hubiere peligro de muerte.

Me parece que no es mucho pedir, ni pedir imposibles tampoco.

¡Ah! se me olvidaba.

Empiécen desde ahora los señores ministros del altar á bañarse, para ir poco á poco ahuyentando de sus cuerpos el tufo insostenible y pezuñero que distingue á la clase que siempre tuvo por cosa herética las abluciones; pues como habrá momentos, al ayudarles á misa, en que esté yo muy cerca de ellos, sentiría verme acometido de un accidente por asfivía, que quitara momentáneamente solemnidad al Santo Sacrificio.

Llenadas estas modestas condiciones, sépanlo el periódico ese y toda la cristiandad: tendré mucho gusto en ayudar á misa.

Sin llenarlas, no.

1904

Sueños realizados

¿Qué hora será? Las nueve de la mañana. ¡Oh, dichal! A esta hora, minuto más minuto menos, comiézase en todas las iglesias de España á maldecirme.

Especialmente desde que se entra en cuaresma, mi nombre se pronuncia en los templos más veces que el de Cristo. Y esto es hermosamente enloquecedor.

Aun cuando la felicidad es planta rara y delicada que conviene cultivar secretamente en la estufa del corazón, la que disfruto no cabe ya en ella; así es que rompo los cristales y le digo: «Extiende hasta el cielo tus ramas.»

Si, quiero que el mundo entero sepa mi alegría, y mis lectores se regocijen en mí al enterarse de que estoy orgulloso, insosteniblemente orgulloso, por haber

conseguido lo que á tan pocos hombres les es dado: realizar mis sueños.

¿Os acordáis del ansia con que yo pedía una excomunión? No es mayor la de dos amantes que unen sus labios por vez primera.

¡Qué horas tan tristes aquellas en que aguardaba el correo que debía traerme la confortatle excomunión con tanto afán deseada y con tal hambre pedida! ¡Y qué desencanto al ver que no llegaba, y cuánta amargura al demandarla nuevamente!

Y pasaban los días, y los meses, y los años, llevándose mis esperanzas sin amortiguar mi deseo, antes bien acrecentándolo; y ya pensaba con dulce melancolía en desposarme con la muerte por carecer de objeto mi vida, cuando...

¡Oh sorpresa! ¡oh ventura! Llega hasta mí una, y tras aquella otra, y otras luego, y muchas más después.

El mendigo que recibiera un tesoro al pedir una limosna, apenas si podría formarse idea de mi contento al encontrarme en posesión de tantas excomuniones, yo que me contentaba con una.

Y no paró aquí; la fortuna no es cicatera cuando se decide: á continuación de los anatemas episcopales vinieron los de párrocos, ecónomos y presbíteros de menor cuantía, y no hubo catedral, iglesia, ermita ni oratorio donde no se tronase contra mí.

Era ya un derroche, un lujo, una esplendidez, el «non plus» de la magnificencia en materias de excomuniones. Así pensaba yo; mas ¡ay! como el hombre es falible en sus juicios, me engañé nuevamente.

Había más, mucho más, y de ello pude convencerme desde que entró la presente Cuaresma; ahora, ahora sí que los clérigos se hartan de maldecirme.

¿Hablan de la prisión de Cristo? Pues leña á este hereje, que tuvo la culpa. ¿De que le azotaron? Duro. ¿De que lo crucificaron? Síga el vapuleo.

Y una vez porque Pilatos lo sentenció, y otra porque Longinos le dió la lanzada, y luego porque tuvo sed, no dejo de recibir insultos ni un solo instante.

¡Y cuánto me agrada esto, y cuál me satisface! Si muero sin disfrutarlo, hubiera afirmado que no había existido. Ahora lo reconozco: yo nací para gozar esto.

A veces ¡lo que es la ilusión! me figuro percibir clara y distintamente el eco de los millares de maldiciones que en los templos lanzan contra mí, y nunca música melodiosa al lado de mujer amada acarició tan dulcemente el oído de hombre alguno.

Otras me parece que todos los templos se funden en uno solo, grande, inmenso, pero oscuro, muy oscuro, por el que revolotean graznando en tropel asustadizo aves negras, y que de pronto se derrumba y surge por arte mágico un taller bañado en luz, lleno de obreros de ruda faz y pulso firme, que hacen entonar á los diversos instrumentos del trabajo un himno de bendición que el vien-

to, cómplice en sus alegrías, lleva en sus ondas á los rincones más apartados del planeta...

Y que las mujeres, redimidas de la esclavitud del fanatismo, besan tiernamente á sus pequeñuelos, que no perecerán ya en las guerras que en nombre del cielo empapan la tierra española en sangre; lluvia maldita que pudre en los surcos los granos que debían producir el pan de vida. Otras...

Mas cortaré aquí; el placer de verme anatematizado á la vez en todos los templos de España, me impide seguir coordinando las elevadas ideas que bullen en mi cerebro, y que irán saliendo poco á poco al compás de las maldiciones que han hecho de mí el hombre más feliz de la creación.

1886

Certamen de presbíteros

Alguien ha propuesto dar un premio al cura católico con quien más avara se hubiera portado la naturaleza; al que más garantías ofrezca de que no tentará á las devotas; el más feo, en una palabra. Se me pide mi opinión, y no sé cómo tomarle la embocadura al asunto.

La primera dificultad con que tropiezo es la de definir la palabra «feo», en una tierra donde pasa por axiomático lo de que «el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso»; y donde, por lo tanto, el clérigo, caricatura del hombre, realiza el ideal de la «belleza fea».

La segunda es la de, una vez celebrado el certamen, adjudicar el premio sin faltar á la justicia; pues así como si me dieran á escoger entre varias mujeres guapas acabaría á la larga por creer que todas valían más que la elegida, así tratándose de curas tan horribles como los nuestros, sentiría remordimientos después de haber abjudicado el premio, pues todos los que mirase me parecerían más dignos que el agraciado.

Respecto al otro punto, el de preferir al cura que más garantías ofrezca como incapaz para tentar á las beatas, aún es mayor mi perplejidad; pues como ellos son tan atrevidos, ellas tan débiles, las ocasiones tantas, lo vedado tiene tales atractivos, y á ciertas alturas la idea de la belleza es eclipsada por los impulsos sexuales, bien puede asegurarse que no hay cura feo mirado á través de la rejilla del confesonario, velado entre nubes de incienso, ó juzgado después de contemplar su monumental cerviguillo.

Todas las beatas saben además, por tradición ó experiencia, que la gente de Iglesia tuvo siempre merecida fama de valerosa en lides de esta especie; como sabemos todos que la imaginación suple en ciertos casos deficiencias de forma, y que no siempre las miradas de las beatas conservan su pureza y diafanidad.

Estas razones y otras de más peso que prudentemente omito, me hacen creer que no dará resultado alguno el certamen para premiar al «cura más feo de España», ni aun con la científica inten-

ción de mejorar la raza; y que vale más no despertar emulaciones que pudieran turbar la paz de las familias devotas más de lo que actualmente lo está.

Sin que esto quiera decir que yo, amante de que la raza española se perfeccione, no prestara generosamente mi ayuda á todo hombre estudioso que inventara algo práctico y eficaz para impedir que nacieran tantos muchachos con cara de presbítero.

1887

Mi sueño dorado

Necesito dinero, mucho, y pronto. ¿Para qué?

Aunque nadie lo crea, yo quiero mucho á la gente de Iglesia, y de buena gana me pasaría la vida á su lado; mas esta fama de clerófobo que cuatro calumniadores me han echado encima, impídeme solicitar su amistad.

Esto me preocupa, pues nada hay que existe el apetito como la privación, y pienso constantemente en la manera de realizar mi deseo, estrellándose siempre mis planes en esa maldita fama.

Es decir, no pienso, pensaba: afortunadamente acaba de ocurrírseme el medio de llevar á cabo mi propósito por el procedimiento tan en boga hoy: la falsificación.

El hombre que no puede llevar reloj de oro, compra uno de plata sobredorada; la mujer que carece de un collar de brillantes verdaderos, se contenta con uno de piedras falsas.

Todo se falsifica: alimentos, joyas, virtud, patriotismo, religión... ¿Por qué no había de falsificar yo unos cuantos presbíteros para mi uso particular, ya que no pueda obtenerlos legítimos? ¿Por qué no comprar dos trajes de obispo, y tomar dos criados á condición de que habían ponérselos para servirme?

¡Oh, qué felicidad! Despertar por la mañana y echarme á la cara á su ilustrísima cepillándome la ropa, revestido con todas las prendas de su uniforme...

Ponerme á almorzar, y hacerme servir por los dos falsos sucesores de Pedro, ordenándole á uno que me echase vino, á otro que retirase los platos, y si no obedecieran puntualmente, intercalarles algún puntapié que otro en el texto...

Verlos todo el día ocupados en las faenas domésticas y culinarias (uno sería cocinero), con los hábitos levantados, las mangas remangadas y la mitra echada atrás...

Y por la noche, después de haberme servido la comida y fregado la vajilla, contemplarlos arrodillados ante mi tirándome de las botas...

Sólo de pensar en esto salto y brinco de alegría. Me parece estarlo viendo.

Convidaría una tarde á varios amigos de buen humor que no se avergonzaran de distraerse de presbíteros, y sería cosa de ver á diez ó doce caballeros procurando hacer los honores á su disfraz, comiendo y bebiendo como heliogabalos,

y pidiendo inspiraciones á la sotana para hablar libre y truhanescaamente.

Y no digo nada si un día, previa la compra de unos hábitos, vistiéramos de monjas á ocho ó diez señoritas alegres, y tocas y solideos mezclados, nos dejaríamos llevar por los instintos que tal ropaje despierta... Sería cosa de taparse los oídos y cerrar los ojos.

Aquí un tonsurado eclipsando á Noé, al lado de una monja que tratara de imitar á las hijas de Lot; allí otro blasfemando en latín, y otra canturreando en flamenco; más lejos una pareja bailando las habas verdes...

Lo cómico con lo sexualmente trágico; la respetabilidad de los trajes contrastando con las actitudes de quienes los llevarán... Borrachos que semejarían presbíteros; jóvenes impúdicos que parecerían monjas...

¡Cuanto disfrutaría yo, cuánto, en estos másticos jolgorios! Allí, siempre entre los míos, inventando escenas nuevas y variadas, pasaría los años que me restan de esta vida miserable, contento, tranquilo, satisfecho en mi modesta obscuridad, sin ambicionar nada ni envidiar á nadie...

Dinero, ¡oh! dinero, y mucho, y pronto.

Y como no sirvo para procurármelo por los medios en uso, voy á comprar ahora mismo un billete de la Lotería Nacional, y á ver si es cierto que hay Providencia.

1884

Yo, en venta

A los beatos adinerados y á las beatas de buena posición que se dedican á comprar basura anticlerical, cuando por muy poco dinero podrían adquirir lo mejorcito en la clase:

Salud.

Se os presenta una ocasión que ni de perlas para apabullar la impiedad: comprar á uno de sus mantenedores más potentes (Se suplica á debotas, seminaristas, luises y koskas, que tomen siempre mis palabras en el sentido recto). Y ese mantenedor soy yo.

Una cosa debo advertir antes de pasar adelante. Yo no me vendo por un plato de lentejas como esos infelices que habéis comprado hasta ahora. En el mar de la impiedad ellos son sardinas, yo ballena.

Y dicho esto, prosigo.

Si; estoy dispuesto á venderme, pero con grandeza; no es secreto, sino á la luz del día; no con reservas mentales, sino entregándome completamente. Os lo advierto para que no juzguéis exorbitantes mis modestas pretensiones.

Ser impio no es un negocio, ni mucho menos; por eso he ido atrasándome un poquillo cada día, y hoy me encuentro con un déficit, pequeño comparado con el del gobierno, grande con relación á mis recursos: un déficit de diez millones. No os asustéis, que no son de pesetas, sino de reales.

Entregadme esa cantidad, y cantaré

sin perder momento la palinodia; diré que me arrepiento de mis errores; oíré una misa en cruz, en día de fiesta y en templo concurrido, para que sea mayor el número de creyentes que me vea; confesaré y comulgaré; haré la vela al Santísimo, me pondré al cuello cuantos escapularios me indiquéis, oíré sermones y llevaré á cabo cuantos sacrificios sean imaginables, incluso el de requebrar beatas en mal uso.

E iré mas lejos, en mi deseo de servir; diré que soy decentes, honrados, castos, virtuosos, buenos padres, buenos esposos, buenos hijos; y sostendré, contra todos los malandrines que opinaren lo contrario, que creéis cuanto decís; en suma, seré tan embustero como vosotros.

Supongo que no pondréis tacha en mis cualidades, y que me consideréis digno de ser católico despues de lo declarado; mas si todavía no me creyéis lo bastante perfecto en el arte de la hipocresía, me comprometo á tomar despues de mi conversión por maestro á un jesuita.

«Advertencia importante».—No rezo ni el bendito antes de cobrar entero el importe de la venta. Lleváis mucho tiempo ejerciendo de católicos para que me fie de vosotros, y menos en asunto de ochavos.

¿Acomoda el negocio, ó no acomoda? En caso afirmativo, que me traigan tres arzobispos la cantidad. No admito intermediarios de menos categoría.

1895

Coloquio interesante

Si las monedas que caen en los cepillos de las iglesias pudiesen hablar, he aquí poco más ó menos lo que dirían:

—¿Quién te ha echado aquí?—preguntaría una á otra.

—Una señora que acaba de ganarme en lid deshonesta. ¿Y á tí?

—Un usurero que venía de firmar un documento que dará por resultado antes de un año la ruina y la deshonra de una familia.

—Aquí estoy yo—diría otra al caer.—¿Qué ganas tería de salir de las manos de la Celestina aquella que atisba detrás de la pila del agua bendita á todas las jóvenes que entran!

—Y á tí, la que estás retrada en ese extremo ¿quién te ha traído?

—Una pobre madre que salió á comprar un panecillo para alimentarse, porque ya no podía tenerse en pie á causa del mucho tiempo que llevaba sin comer velando á su hija enferma. Al pasar por frente á la iglesia entró, y me echó despues de basarme, para que Dios concediera á su hija la salud perdida.

—¡Hola, compañeras! Aquí estoy. Acabo de separarme de un tajo de billetes que se coló por arte de Caco en el bolsillo del que me llevaba.

—¡Vengo escandalizada!—exclamaría otra al llegar al fondo del cepillo.—Una niña, en cuya cara se veían las huellas del hambre, ha venido desde la esquina

pidiendo á la beata que me poseía una limosna, sin haber logrado conmovérle. ¡Y ahora me ha echado aquí con santa devoción!

—¿De dónde viene esa que acaba de entrar?

—Del bolsillo de aquella señora que pide á Santa Rita que vuelva á ella el amante que la ha dejado.

—¡Paso, que mancho!—gritaría otra al asomar;—vengo del bolsillo de aquel católico que se arrodilla á los pies del confesor en este instante, y que no le dirá seguramente lo que acaba de hacer con un jovencito á quien protege.

—¡A lo que obliga el miedo!—diría otra.—La viuda, que me ha arrojado aquí, que viene por la mañana al templo, va por la tarde á que le echen las cartas, y corre por la noche á bailes de máscaras, teme que su marido se le aparezca á pedirle cuenta de sus liviandades si es que está en el purgatorio, y se desprende á diario de alguna compañera nuestra, para que él pase al cielo y no haya entonces temor de que baje á reclamar misas.

Y á este tenor hablarían casi todas, y sostendrían coloquios más naturalistas aún, hasta que el cura abriese las puertas de su prisión para llenar con ellas su olla, vestir á su ama, jugar al tresillo en casa del boticario y satisfacer todas las necesidades de la vil y despreciable materia; que tal origen suelen tener y por tales medios van muchas monedas á las manos del representante de una religión puramente espiritual.

1895

¡Ingratos!

Pullas al progreso y horrores contra Pilatos y Judas, actores sin los cuales las profecías no se habrían cumplido, ni la tragedia del calvario realizado, ni el cielo estaría abierto ahora para todos, hasta para los que se arrepienten de sus fechorías momentos antes de morir; á esto suelen reducirse los sermones que se perpetran en cuarentena.

Olvidanse los oradores de que sin aquellos simpáticos caballeros, sin Judas vendiendo á Cristo, sin Pilatos sentenciándole, y sin los sayones (se me olvidaba advertir que sobre estos infelices lanzan también duros apóstrofes), que lo abofetearon, le escupieron, le azotaron, no sé cómo se arreglarían los creyentes para andar estos días en jolgorios piadosos, ponerse la ropa nueva, atracarse de pescados y verduras los viernes á pretexto de que no pueden comer carne, y darse en desquite una buena de cabrito y gallina los demás días de la semana.

No sé tampoco de qué manera, sin ellos, podrían desollinar su conciencia y ponerla en condiciones de servir de archivo á nuevas culpas (varias de ellas apetecibles y agradabilísimas). Si Judas y Pilatos no hacen lo que hicieron, y la redención no se verifica, ¡adiós las ganancias terrenas que los creyentes disfrutaban, y las divinas que les esperan!

A creer yo en la revelación y todo lo subsiguiente, acaso no pasara día sin dar las gracias á Pilatos y á Judas por haber contribuido tan principalmente á mi redención; y hasta dedicaría también un amable recuerdo á los sayones y demás comparsas de la sacra tragedia, ya que sin ellos hubiera continuado siervo del demonio y esclavo de la carne. Pero tal como soy, un pícaro descrito sin Dios ni ley, confieso que me tienen sin cuidado, lo mismo Judas y Pilatos que los otros; y como, por otra parte, no vivo de eso, ni me va ni me viene.

Conste, sin embargo, que á pesar de esta indiferencia criminal que me llevará un día á ejercer de cochifrito vitalicio allá en los dominios de Satanás, no dejo de sentir cierta conmiseración por los infelices sayones y por Judas y Pilatos, y medito mucho sobre la ingratitud humana, que paga siempre de igual manera á sus bienhechores. Y que esos lo fueron para los cristianos, incuestionable es. Claro que si ellos no, otros lo habrían hecho, porque así estaba profetizado, y todo hubiera sido cuestión de nombres.

Cesen, pues, los cristianos en sus diatribas contra esos indispensables agentes de la redención; y así como han hecho santo el que entonces era patíbulo afrentoso, el de la cruz, por haber Jesús muerto en él, bien podrían dejar ya en paz á esos señores, despues de diecinueve siglos de denuestos y ultrajes; con tanta más razón, cuanto que acaso ellos no se enteren, por no llegar al infierno, donde hemos convenido en que están, los ecos de las injurias que se les lanzan desde la tierra, redimida con su modesta, pero indispensable y eficaz ayuda.

JOSE NAKENS

Nuestro "Ignacio" en acción

Claro está que nuestro Ignacio de Loyola resucitado no ha de ser más torpe que el enterrado por los Padres Jesuitas.

Y así es que apenas ha levantado cabeza, y decidió echarse á la vida, pobre como una rata en este tiempo de bellacos millonarios, hubo de pensar en buscárselas para ir realizando sus propósitos.

Pues bien. Una de las cosas que hacían falta era anunciar su resurrección á los Prelados, abades y dignatarios eclesiásticos, y para ello era menester enviarles un prospecto del libro resucitador.

—¿Cómo se las arreglaba el Santo, en su tiempo?—Pregúntose el nuevo personaje. Y el otro, le dijo por medio de sus cartas.

—«Yo, para comunicarme con los ausentes sin pagar correo, metía mis pliegos en la balija oficial, cuanto más encopetada mejor.»

—¿Será lícito este fraude al Estado?—preguntámosle. Y nos pareció entender como que decía:

—¿Lícito?... Brutos ignorantes... ¿no habéis oído decir que la necesidad no tiene ley, y que lo necesario es siempre lícito?

cito? Y más os digo. Aprended del enemigo. ¿Qué hacen los obispos, frailes, curruacas, beatos, gentes de orden, empleados del Estado y demás tipos de la industria social? Vedlo: apenas gastan un céntimo en correo. Todos se la pegan al Estado, del cual cobran y al cual procuran no pagar. Y así resulta que vosotros, anticlericales, pagáis el *correo* con el cual os revientan los moralistas clericales. Pues bien: del enemigo, el consejo. Aprended de jesuitas, obispos y canónigos. Los jesuitas, en cuanto podemos, utilizamos la balija de los embajadores.

El argumento nos convenció. Y sin más, nos echamos á la calle, al casino, al ateneo y al círculo, en busca de *gentes de franquicia*, y de sus amigos y pania- guados, solicitando su concurso.

Mas ocurre que entre los frailes y jesuitas los hay que revientan de ganas de dejarlo de ser, y de ganas de reventar á los compañeros. Y en cuanto á San Ignacio, hay beatos de todos colores que se mueren de ganas de ver el libro anunciado y hacen cuanto buenamente pueden desde su posición para ayudarle.

Y no fué cosa difícil hallar amigos de estos que se ofrecieron á cursar prospectos por todas las estafetas oficiales, episcopales, judiciales, civiles, etc., etc.: bien entendido, que todos estaban en lo cierto al considerar como de *servicio nacional* este gran servicio, que es de *instrucción*, de *beneficencia*, de *guerra*, de *marina*, de *justicia* y de *Iglesia*.

De este modo se esparcieron por España y colonias largos millares de prospectos, con gran contentamiento del *Ignacio resucitado* y economía de la bolsa de suscripción, que se ahorró algunos centenares de pesetas.

Mas fué el caso que un día se presenta en la administración un lindo y listo individuo del benemérito cuerpo de Policía, diciendo poco más ó menos:

—Aquí traigo este sobre de un prospecto pasado por la Presidencia del Consejo y devuelto á ella. Para ahorrarme el trabajo de traer acá los que devuelvan, desearía saber quién es el que los mete en la estafeta y entregárselos á él. Aquí no hay más objeto, ni fin, ni intención, ni propósito, que evitarme yo, encargado del servicio, el trabajo de traer los sobres devueltos...

Oímos la polida y razonada embajada con la atención debida y nos aprestamos á complacer al digno, polido y razonable oficial. Pero, he aquí nuestro apuro:

¿Quién sería el amigo ignaciano que tuvo la ocurrencia de pasar los sobres por la estafeta de la Presidencia, en tiempos conservadores de Dato? No hay duda que conservador había de ser el amigo... así dijimos:

—Seor oficial del benemérito cuerpo de Vigilancia: nuestro deseo es muy grande, pero la dificultad es mayor. ¡Vaya usted á averiguar cuál será el fraile, ó jesuita, ó beato que disfrutará en la Presidencia la franqueza de la franquicia... Son tantos los que acuden á estos me-

dios... Si fuese la estafeta del Obispado ó del señor Nuncio, podríamos ser más precisos; pero... de la presidencia... no nos ocurre... ni conocemos la letra del sobre siquiera...

Con mucha cortesía fuese el enviado y con cortesía igual le despedimos.

Mas parece ser que no acabó ahí la cosa y que á causa de ello hubo, como en todas las cosas ignacianas, su trapa- tiesta.

Y si no estamos mal informados hubo persona de muy alto copete que habló á los de copete inferior de esta ó parecida manera:

—¡Pasar por la estafeta de la Presidencia del gobierno conservador estos prospectos!... ¡Horror... terror... furor!... Y toda vez que no puede averiguarse quien sea el osado, en adelante solo se pasarán los pliegos de secretaría, y *¡nadie más!*

Lo cual parece cumplirse.

Al enterarse nuestro *Ignacio resucitado*, desternillándose de risa, dijo:

—¿Veis? Primer *servicio* que presto al Estado y á la Nación: impedir que por esa estafeta se sigan cometiendo los *hur- tos* de costumbre, con fraude del Tesoro. Me alegro infinito, porque aquí ó paga todo el mundo ó no paga nadie. O todo el mundo ladrón, ó todo el mundo honrado, y no he de consentir que á mi me cobren lo que á otros deja de cobrarse. Porque, señores, eso de la Estafeta es una estafaza para muchos.

Tal ha sido la primera gloriosa aventura y fortuna de nuestro Hidalgo.

Pero, no por esto se dormirá en las pajas.

Estará sobre aviso, y en expectativa de que se levante el veto y vuelva á introducirse la corruptela, para colarse de nuevo por allí ó por otra parte.

Pues ¿no ha de ser la mar de divertido lo que la madre abadesa reciba el prospecto con el sello de la estafeta episcopal y quede viendo visiones?

Y aun esperamos que á la balija secreta del General de la Compañía le cabrá algún día este honor, para lo cual requerimos á los profesores, asistentes, y de cuarto voto que tengan ganas de des- jesuitarse, á que aprovechen la ocasión.

R. MAYOL

Postdata.—Están ya en la imprenta las primeras entregas del libro. Quien las quiera, que las busque.

Interioridades jaimistas

Conferencia radiotelefónica

—Trrrz. Trrrz. Trrrz... ¿Director País?

—Director País?

—Presente. ¿Quién es usted?

—Rocamble.

—¿No está usted enfadado conmigo?

—Sí, señor, lo estoy; pero mi afecto personal á usted y á España se sobrepo- ne á todo, cuando hay algo interesante...

—¿Va usted á hablarme de cosas jai- mistas?

—No, señor; voy á poner el aparato para que usted mismo las escuche.

—¡Yo mismoll

—Fíjese bien, que ya no hablo yo.

—¿Y dices que Mella solicitó de Go- bernación que se le reconociera la pro- piedad de *El Correo Español*?

—Sí, señor; lo solicitó y hasta consi- guió un certificado... que no tuvo fuerza legal bastante, que si la hubiera tenido, á estas fechas el periódico es suyo.

—Todo el mundo sabe que el periód- co era de mi difunto padre y ahora mío.

—Sí, señor; pero como usted no pue- de tener propiedad en España, allí ha te- nido que figurar siempre algún nombre de su absoluta confianza, para evitar que se repitiera el caso de Nocedal y *El Si- glo Futuro*.

—¿Pero tú crees que Mella pensaba repetir el caso de Nocedal?

—Señor, yo no creo nada, me limito á relatar hechos, y es un hecho lo del certi- ficado, otro hecho que los 25 000 duros del legado Bulfy aún no han llegado á *El Correo Español*; es otro hecho que la casa de los tradicionalistas de Madrid, con tantos sacrificios construida, no ha sido aún visitada por los prohombres del partido, llegando hasta negar el direc- tor del periódico que se publicase nada de la casa...

—Tal vez influya en eso el carácter del presidente...

—No, señor; el general obra siem- pre rectamente; ni se doblega, ni se humilla; obedece, pero advierte, y seguramente...

—Sí, me escribió unas cartas tremen- das; pero ¡es tan difícil resolver desde aquí cuestiones surgidas entre personas que yo no conozco! Es verdad que cita- ba hechos y personas, traiciones y cobar- dias, algunas que conocía yo por haber- las oído á mi padre, pero... ¿puedo yo tener en cuenta y castigar faltas de cua- renta años fecha? Y volviendo al periód- co, ¿qué nuevas razones pueden justifi- car tu dimisión? Ya sabes que tienes mi absoluta confianza y me consta que gra- cias á tu actividad y celo tenemos casa y periódico.

—Si el señor me autorizase una pre- gunta...

—Pregunta lo que quieras, que yo de- seo aclarar este asunto.

—Y contando yo con su confianza, ¿cómo ha mandado hacer en poco tiem- po tres inspecciones en libros, contabili- dad y existencias?

—Tres no; yo sólo autorizé una, y pre- cisamente para robustecer tu autoridad de gerente que discutían tus amigos.

—Verdaderamente, señor, que yo no sé cuáles son mis amigos. Cuando se hi- zo aquel proyecto de periódico por los colaboradores más asiluos, contaron con- migo y los juzgué mis amigos, y ahora que la dirección está en manos de un enemigo mío, ellos siguen colaborando.

Se oye ruido en el teléfono y al instante la voz de Rocambole que dice:

—Una pequeña avería en estos transmisores; pongo otras; escuche:

—No me convence usted, D. Francisco. Gustavo viene decidido á echarlo todo á rodar; fundará un periódico y tendremos otra vez la repetición de lo de Necedal, con la circunstancia agravante que ahora no cuenta *El Correo Español* con aquel Bolaños y aquel Barrio Mier...

—Pero ya comprenderás que entre una disidencia capitaneada por Mella, el marqués de Cerralbo, y otra por él, no es dudosa la elección.

—Sin embargo, tanto Cerralbo, como Mella «han probado» ya que no son revolucionarios, ni organizadores; han atravesado circunstancias favorabilísimas, diecisiete años de regencia, pérdida de las colonias, disgustos del ejército, y nada hicieron contando con la masa del pueblo, que, dócil y obediente, iría donde la mandasen...

—¿Vas tú á sacar el Cristo de una nueva guerra?

—No saco el Cristo, pero digo que no pudiendo ostentar el partido en España su única presentación, que es D. Jaime, no deber tener á su frente hombres endiosados incapaces de pactar. Creía usted que si ahora hubiese un jefe de menos categoría y se pudiese al habla con los partidarios del programa mínimo católico, y utilizando las circunstancias ofreciese á un hombre de la talla de Maura la jefatura circunstancial de la masa católica española, el conflicto al Gobierno hubiera sido formidable, porque en España los únicos hombres disciplinados son los nuestros.

—¿Tú crees que si este mismo Gustavo no hubiese sido tan obediente, y este viaje lo adelanta tres ó cuatro meses, cuando la otra dimisión, hubiera conseguido que en el periódico se hubiese jubilado y nombrado?...

—Calle, calle, no vaya á oírnos.

Sigue oyándose un murmullo que no permite oír todas las palabras.

—D. Jaime... los treinta mil duros... y Mella se los negó...

—Pero, ¿los ha gastado Mella?

—No; los guarda para cuando todos los de *El Correo Español* sean amigos.

—Y hasta entonces...

—Algunos piquillos dió para.....

—¿Otra interrupción?

—No se quite del aparato que ahora le pongo con la sala de lectura de la casa de los irradionalistas.

—Es inútil que trate usted de convencerme; lo que está pasando no tiene nombre. Los traidores de ayer encumbrados y los leales perseguidos; abandonado á unos pocos lo que debía ser obligación de todos, y esta casa, palacio de nuestros ideales, sin medios de vida, sin socios, sin auxilio alguno, á punto de perecer.

—¿Pero usted ha dicho todo eso á la Junta Central.

—He hecho mas; le he escrito al R., pero todo inútil. Usted ha visto que se intentó aquí una organización, se fundaron requetés, se creó el periódico *Juventud*, se anunciaron controversias, se dieron veladas, y poco á poco, como obedeciendo á un plan, se fueron alejando de aquí á personas de valer, se sustituyó el delegado, se ascendió á los que nos censuran, se mató el periódico, premiando á los que le escribían, la Junta Central no se reúne, personajes de abolengo carlista y hasta diputados por la causa son recibidos por D. Alfonso y nombrados después de una junta de D. Jaime...

El veterano que habla baja la voz, y entonces se oye leer á otros.

«Preparando la traición.—Es triste recordarlo, pero es cierto que los traidores vendieron.....»

El ruido de la rotativa impide que se oiga este párrafo.

«Habo necesidad de que un hombre, émulo de Iscariote, de D. Opat y de Bellido, tomara á su cargo el mando... para echar por tierra las grandes esperanzas de una Comunión gloriosa...»

Vuélvese á oír la voz del veterano:

—No creo que todos hayan tomado dinero de los liberales, pero creo en componendas con ellos para reparto de distritos; y como pactar con el enemigo yo lo llamo traición y no puedo convivir con los traidores, me retiro á mi casa hasta que llegue la hora de montar á caballo...

—Que no llegará para ninguno de nosotros, porque el juego se va viendo claro y el engaño en que nos tienen los.

—¡Rocambole!... ¡Rocambole!...

—Imposible continuar, se rompió el hilo radiotelefónico.

El País

RAFAGAS

A «*El Correo Español*»

El cambio de director ha mejorado el aspecto exterior del periódico; á aquellas antiguallas que el bueno de D. Salvador «se trala» han sucedido novedades como las efemérides recordando hechos gloriosos, como la huida de D. Carlos á Francia el 28 de Febrero de 1876.

El joven redactor que refiere la hazaña explica claro lo ocurrido, «según se lo contaron á él», pero le falta un ligero detalle...

Entre D. Carlos y el puente de Arneguy estaban los artilleros sublevados que intentaban coger al R. y entregarle á los liberales. No lo consiguieron gracias á los batallones caste'lanos... y algún riojano de corazón...

Pero escuchemos el relato del joven cronista de 1876:

«Volveré—decía D. Carlos al pasar el puente—, volveré con mis principios, únicos pueden devolverle su grandeza; volve-

ré con mi Bandera, que «no rendí jamás» y que he tenido el honor y la dicha de conservar sin una sola mancha, «negándome á toda componenda» para que vosotros podáis tremolarla muy alta».

Y como no ha vuelto, añade para justificarle:

«Las palabras del R... se cumplirán, porque España es sanable, porque nuestra Bandera nunca se ha rendido, porque los principios no han muerto ni pueden morir, aunque los hombres sucumban ante el tiempo, porque los representan en el momento presente un «Príncipe caballeroso» que desde el cesterro «vela», y al escuchar la voz quejumbrosa de la Patria, maltrecha por las «livandades y las concupiscencias» de los que gobiernan, se dispone á salvarla y á llevar á feliz término la empresa comenzada por las generaciones del pasado.»

Y para conseguirlo, no encuentra mejor procedimiento «El Príncipe caballeroso», que nombrar su hombre de «confianza» al jefe de aquellos artilleros sublevados en Valcarlos...

ROCAMBOLE

Rompecabezas bíblico

En el capítulo IV del Génesis se dice que Caín, después de matar á su hermano Abel, huyó al Oriente del Edén y allí conoció á su mujer, que le dió por hijo á Henoch.

Si Adán y Eva sólo habían tenido tres hijos varones, Caín, Abel y Seth, ¿de quién era hija la mujer de Caín?...

Al que descifre este *Rompecabezas*, le regalaré una estampa bendecida de un Cristo muy milagroso y que no sé que hacer con ella.

Después de cerrada la suscripción para el entierro de D. Luis Pardo se han recibido las cantidades siguientes:

Emilio Pedrola (Gandesa)....	2'00
Consuelo Font (idem).....	2'00
José Castellvi (Tortosa).....	0'25

TOTAL..... 4,25

Nota.—El donativo de una peseta Cruz roja y otra peseta señora viuda de Pardo, de Vall de Uxó, corresponde á D. Vicente Segarra Castelló en vez de la señora viuda de Segarra, que figura en el número 9, correspondiente al 26 de Febrero último y en las relaciones respectivas.

Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

EL MOTIN



Feliz tú, hijo, que no tienes que preocuparte de los míseros bienes terrenales y alcanzarás más fácilmente la salvación eterna.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior.....	6464'20
Angel Marañón (Puebla de Al- funden).....	1'00
José Castellví (Tortosa).....	0'20
Antonio Gregori (Badajoz)...	4'00
Francisco García Espi (Ampo- lla).....	1'00
Juan Salabarnada (Manresa)..	4'00
Suma y sigue	6474'40

Cilicios y disciplinas

Una de las notas más salientes y conmovedoras de la estancia de los reyes en Sevilla, fué la visita que hizo D.^a Victoria á las monjitas de la Cruz. Conocido de antemano el designio de la soberana, todo se dispuso convenientemente para dar á la escena el carácter de religiosidad y pulcritud monástica que es de rigor en tales casos: la *mise en scene* fué irreprochable, y tuvo su *clou* sensacional para epatar á la comitiva cortesana, pues en las celdas de las monjas, en sitio bien visible, y como trofeos vocingleros de su vivo fervor religioso, pendían de las paredes cilicios y disciplinas, algunos con sus correspondientes salpicaduras de sangre y todo.

Las damas visitantes no podían disimular la fuerte impresión que esto les produjo. ¡Pobres monjitas! Después de renunciar á los cómodos placeres del mundo, á las dulzuras de la familia, á los cariños del matrimonio, á las inefables sensaciones de la maternidad, á las impresiones gratas que le puede proporcionar la juventud, la belleza y la libertad para una mujer joven, encerrándose en lóbrego claustro, poniendo todo su corazón en Dios, mal comida y peor vestida, turba el reposo de sus largas noches de insomnio macerando sus carnes virginales con desgarradores cilicios y crueles disciplinas, hasta que la sangre las tñe de púrpura, sangre ofrecida como holocausto por los pecados del mundo ante Dios irritado. ¿Y habrá todavía impíos que osen mancillar el prestigio intangible de estas sublimes mujeres?

Conocemos perfectamente esta farsa indigna que se representa á diario en asilos, hospitales, conventos y colegios frailes siempre que se verifica una visita de gente influyente ó encopetada, cuyo juicio puede influir en la marcha próspera del establecimiento.

Entonces salen á relucir los colchones nuevos, las colchas flamantes, los uniformes impecables, los suelos bruñidos, las cocinas abarrotadas de víveres y deslumbradoras, las miradas dulces, las sonrisas benévolas, el calzado impecable, y el comedor brillante y nítido, con man-

teles y pan como la nieve, y un grato aroma por pasillos y patios. Es un cambio radical de decoración, cambio que ha motivado largas horas de ajeteo en la santa casa, haciendo echar el hígado á los asilados, aguijados con pellizcos y bofetadas bajo la férula de un motilón ó de una hermanuca sin desbravar, para que los visitantes sa'gan engañados de su inspección y crean que allí todo el año la escena es la misma, y que los asilados y enfermos viven con más comodidades y regalo que el más opulento aristócrata.

Pero apenas se ha cerrado la puerta, despidiendo á los señores, la tramoya clerical se pone en ju'go y se arrinconan la decoración de gala, quedando el asilo ó colegio en su fisonomía habitual y auténtica. Y vuelven á aparecer los jergones de paja podrida, los pies descalzos, los harapos por uniformes, la bazofia en las cocinas, los mendrugos en el refectorio, y la desnudez y el tufo insoponible en dormitorios y estancias.

La mortificación y austeridad de las monjas y frailes es una leyenda, y mucho más la que se refiere á los que mangonean asilos, colegios y hospitales. Todo lo bueno y cómodo que se ve en esas casas es para ellos, aunque al público se le diga que es para los pobres. Si las monjas y frailes se mortificaran de verdad no expondrían á la vista como artículo de reclamo, los instrumentos de sus torturas, sino que los tendrían bien ocultos. Los cilicios y disciplinas que esas monjas de Sevilla han puesto ante los ojos asombrados de la Corte, son un camelo, una tomadura de pelo indigna, una farsa tan asquerosa como la sangre de cabrito que las salpicaba. ¡Embusteras, farsantes!

FRAY GERUNDIO

A Dios rogando

Hoy, para dar un ejemplo de que soy muy transigente, he estado devotamente con mi familia en el templo.

¡Con qué fervor ha rezado mi buena y cristiana madre por la salud de mi padre que está un poco delicado!

Varias personas estaban rezando muy fervorosas, para obtener... ciertas cosas de las que desconfiaban.

Una señora nos dijo que está haciendo una novena para que Dios le dé buena suerte en las quintas á un hijo.

Y cierta mendiga había que me inspiró compasión. ¡Pedía con devoción un premio de lotería!

Después á un amigo vi que me dijo que rezaba para que una á quien amaba le contestara que sí.

Y entre varios estafermos, vi á un médico muy decente pidiendo devotamente que hubiera muchos enfermos.

Vi también á Juana Toda pedir con aire contrito á San Antonio bendito un novio para *hacer boda*.

Y á la mujer del Roñoso (conocido timador) que pedía con fervor *negocios* para su esposo.

Visto que con tal piedad, salvo algunas excepciones, se rezan las oraciones por la generalidad,

sólo me ocurre decir en la presente ocasión: ¿se reza por devoción, ó se reza por pedir?

JUAN LORENTE

Cuento

Fué un filántropo á la Inclusa de la ciudad de Toledo, y visitó muy despacio todo el establecimiento.

Era la hora en que suelen dar á los chicos asueto, y al penetrar en el patio encontró un enjambre de ellos que entonaba bullicioso de Iglesia cantos austeros remedando, unos la misa, otros un fúnebre entierro, cuáles vísperas, y cuáles el *Dies iræ* tremendo.

Hizo llegar á su lado á los pobres incluseros, y obsequió pródigo á todos con golosinas y besos.

—Estos chicos, se decía allá para sus adentros, abrigarán, no lo dudo, bien extraños sentimientos: hijos habrá en esta casa de duques y de plebeyos, de sabios y de ignorantes, ¡quién penetra estos misterios! y cada cual de su origen dará testimonio cierto con gusto é inclinaciones tan propios como diversos.

A probarlo. Y uno á uno preguntó á los rapazuelos.

—¿Qué quieres ser? —Yo, canónigo.

—¿Y tú? —Párroco de un pueblo.

—¿Y tú? —Capellán de monjas.

—¿Y tú? —Yo, señor, perrero de catedral. —¿Y tú? —Obispo.

—¿Y tú? —Fraile. —¡Vive el cielo!

dijo á este punto el filántropo, que cualquier hombre de peso, al oír á estos chiquillos expresarse en tales términos, diría fundadamente que estos asilos benéficos se han instituido sólo para *servicio* del clero.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

ARTÍCULOS FIAMBRES

A los electores republicanos

Por convicción los unos, por disciplina los otros, acudisteis á las urnas. No discutamos si debisteis ir. El que hace lo cree justo no merece reproches. Haz lo que debes y resulte lo que quiera.

La intención al votar no pudo ser mejor: llevar al Congreso hombres prestigiosos, de talento, que un día y otro alzaran su voz denunciando immoralidades, y presentasen soluciones frente á soluciones para que el país aprendiera á amar y desear la República; fiscales y jueces á la vez; varones que ante la corrupción se mostrasen severos, ante la garrulería parlamentaria reposados, ante la debilidad enérgicos, y que llevasen la esperanza á los que comienzan á creer que en España todo está perdido.

Era eso lo que pensabais, ¿no es cierto? Pues bien: os equivocasteis. Los diputados republicanos han faltado una vez más á lo que os ofrecieron. Descontando alguna que otra intervención más ó menos oportuna, en determinadas cuestiones, ¿qué han hecho? ¿Han levantado el espíritu público ni un sólo instante? ¿se han dado á conocer como revolucionarios, ni como estadistas, ni como hombres de carácter? ¿Han hecho siquiera que vuestros corazones, siempre dispuestos al entusiasmo, latan una vez orgullosos de haber acertado al elegirlos? Decidme que sí, y probadme que estoy equivocado. Hace tiempo que solo tengo un deseo, una aspiración: equivocarme. Esta frase es, en política, mi programa entero. Quisiera poder decirme un día: «He sido injusto, apasionado, he estado ciego.» Desgraciadamente no veo cercano ese día; y hasta que llegue, me permitiré el lujo de seguir diciendo lo que crea verdad.

Y lo que creo verdad ahora, es que los monárquicos se burlan y se divierten con nuestros diputados.

Hace pocos días al protestar un poco fuerte contra la injusta aprobación del acta de Bilbao, Sagasta les dijo entre sarcástico y burlón:

«La minoría republicana no tiene motivos para adoptar esa actitud. Cuestiones más graves se han presentado aquí, y su conducta ha sido la de mansos corderos.»

¡Mansos corderos! Jamás se lanzó en Parlamento alguno frase más sangrienta contra una agrupación republicana. ¡Tachar de corderos á los que entraron en aquel recinto con patente de leones! ¡A los que ofrecieron en documentos públicos no dar tregua ni descanso á la monarquía!

Al recibir aquel latigazo, los corderos pidieron explicaciones y Sagasta les contestó:

«He querido decir que la minoría republicana ha soportado cuestiones más graves con resignación verdaderamente cristiana.»

La explicación, como se ve, agravaba la cuestión, y la minoría arreció en sus protestas; Sagasta dijo que no había tenido intención de molestar á nadie, según es uso y costumbre en tales casos, y el incidente terminó.

¿Y para esto, electores, mandasteis al Congreso á los hombres más importantes del republicanismo? ¿para que los insulten llamándoles *mansos corderos* y les digan que son *hombres que soportan cuestiones graves con resignación verdaderamente cristiana*? ¿Qué importa que luego se les diese la satisfacción de que no se había querido insultarlos, si el insulto quedaba vivo, latente, y en la conciencia de todos la idea de que no han hecho cuanto debían para merecer que les aplicasen otros calificativos?

Porque, ¿cuánta no fuera hoy nuestra alegría, si Sagasta califica á los republicanos de perturbadores, de revolucionarios, de demagogos! Esto hubiera indicado que habían trabajado por la República con entereza, constancia y apasionamiento. ¡Pero de *mansos corderos*, de *cristianos resignados*! No se puede tener en menos á unos hombres que deberían ser la pesadilla de los restauradores.

En la última sesión, y á los vivos al rey, contestó Salmerón con un ¡viva la república! que fué coreado por la minoría, como viene ocurriendo todos los años.

Siempre ese grito resuena dulcemente en nuestros oídos; pero dado al final de legislaturas en que nada se ha hecho, significa bien poco. Diferente sería, si fuese algo así como el coronamiento de la valiente campaña sostenida, las batallas ganadas en el campo de la opinión, la esperanza en un próximo cambio de institución fundada en el esfuerzo hecho y en el plan preparado. Entonces sí que ese viva tendría resonancia inmensa; no ahora. Lanzado á raíz de una labor floja y estéril semeja hoja de parra colocada de prisa para salir á la calle el que hubiera asistido desnudo á una fiesta; pan eucarístico tomado cinco minutos antes de morir por un anticlerical, *por si acaso*.

Hay que variar de rumbo, queridos correligionarios, si queremos alcanzar el puerto.

1894

¡Admirado!... ¡Envanecido!

Estamos en uno de los períodos en que los republicanos demostramos nuestros bríos, nuestra fe, nuestros entusiasmos.

¿Elecciones? Aquí es donde se ven los verdaderos revolucionarios.

¡Las, venidas, reuniones, conferencias... Presentación de unos candidatos... Eliminación de otros...

Que si á tal fracción le corresponden tantos... Que si á cual otra cuantos... Que no... que sí...

Nosotros luchamos aparte... Y nosotros también...

Que si Fulano le está haciendo la gue-

rra á Zutano bajo cuerda... Que si Perencejo ha dicho en tal parte tal cosa de Mengano...

Y artículos de periódicos por acá... Y manifiestos por allá excitando á esgrimir valerosamente la papeleta mientras preparamos el fusil...

Y alabanzas al Pueblo libre, al Pueblo honrado, al Pueblo consciente, que en este día deja de ser, por arte mágico, indiferente, escéptico, grosero...

Todo esto se ve estos días, todo esto se oye...

Y por todo esto yo hago esta semana un paréntesis en la campaña que sostengo, admirado de que á los cuarenta años de restauración demos todavía tan gallardas muestras de nuestra fe, de nuestros bríos, de nuestros entusiasmos...

Recomiendo que se lean estos renglones de un artículo de fondo de *El Liberal*, periódico que se distingue por la mesura con que trata siempre los asuntos del republicanismo, para que se comprenda con cuánta razón me admiro y me envanezco:

«Curados estamos de espantos, y desde tiempo ya remoto nos guardamos cuidadosamente de aplicar conceptos sexquipedales á cosas y casos menudos.

Pero en los músicos viejos queda siempre el compás, y á causa de tal resabio, nos causa cierto dolor, ó cuando menos algo de tedio, el amable espectáculo á que asistimos.

Y el tedio y el dolor se hacen más serios al considerar la actitud de nuestros dignos y queridos afines, los republicanos.

Por lo que aquí acontece, se presume lo que pasará en las demás ciudades y regiones.

No ha habido por ahora modo de que se concertasen para una obra común los distintos arciprestazgos madrileños.

Cada uno va á la procesión apartado de las otras mangas y cofradías, y es lo más probable que vuelvan todos de ella los mismo que del Rosario de la Aurora.

Cierto que las Diputaciones provinciales son organismos inútiles. Y ciertísimo que no basta á defenderlas ni á mantenerlas el pretexto de que contribuyen á formar el Senado, pues igualmente inútil es el Senado, tal como en España se halla constituido.

Pero, por eso mismo, lo derecho hubiera sido no acudir á las elecciones.

La abstención hubiera valido, además, para comenzar á practicar el lema de «nada de treguas al Gobierno liberal ni á la monarquía», que varias agrupaciones republicanas han formulado con viril entereza.

Visto que nada se puede esperar de los liberales ni de los Borbones, al Aventino, por lo pronto, y de seguida, á las barricadas.

Admitido que resolución tan extrema no se adoptase ahora, y que el gran retraimiento se reservase para las elecciones generales futuras, parecía lo natural que en estas provinciales todos los republicanos marchasen de acuerdo, dado que todos—los de la tregua y los opuestos á la tregua—están conformes en acudir, por esta vez, á las urnas.

Pues no ha habido modo.

Allá irán disociados, y los monárquicos con la mayor facilidad del mundo les romperán las urnas en la cabeza.

Si aún es tiempo, recobren el juicio, reúnanse para dar una sola batalla, y salven—siquiera en Madrid—el honor de la bandera; de la única bandera que puede cobijarles, pues todas las demás enseñas parciales son deshilachados é infantiles pendones.

○ dejen de votar, ó háganlo en masa, como la república y el sentido común ordenan.

Hay algo mucho peor que las frases y los actos de Romanones. Su irónica sonrisa.

Después de leer este artículo de *El Liberal*, he estado dudando si callar ó escupir, y he decidido al fin tragar saliva hasta la semana próxima.

27 Febrero 1913

Los escuderos

Sancho sabía que D. Quijote estaba loco, y le acompañaba en sus empresas por el olorillo del medro que en ella pudiera alcanzar, sin perjuicio de ridiculizarle y engañarle.

Igualmente sucede á la nueva especie de Sanchos que rodean á cada jefe republicano, y que sueñan también con bodas de Camacho é insulas Baratarias.

Hay alrededor de cada uno cuatro, seis, diez individuos que por corear sus pasiones ó sus desaciertos, tienen tanta ó más responsabilidad que ellos en las desdichas del partido.

Se habla con cualquiera, el que más apegado parezca á un jefe, y conviene en que los tres, el primero el suyo, son una rémora para la revolución. Pero se aparta para asistir al banquete ó al mitin, ó para escribir un artículo, y eche usted elogios para su jefe y censuras para los demás.

El mismo sistema aplican á los principios que constituyen cada credo. Se trata, por ejemplo, de la forma de la República en privado, y todos convienen en que lo importante es que venga cuanto antes, unitaria ó federal. Pero en público, el federal dice que la unitaria es la continuación de la monarquía, y el unitario que la federal es el desorden y el cantonalismo.

Y así pasan los años, los de abajo lamentándonos, los de enmedio intrigando y los de arriba cantándose unos á otros:

«Si quieres que yo te quiera
ha de ser á condición
que lo tuyo ha de ser mío,
y lo mío tuyo no.»

Y siga la broma, y manden los monárquicos, y perezca el país, y guerra á muerte al que proteste ó no declare que Dulcinea (la trinidad de jefes imperante) es la más bella y alta princesa del orbe!

1891

Boulangerismo civil

Pero ¿adónde vamos á parar? ¿Qué es esto? ¿Acaso la política se ha convertido en lucha de charlatanes, que anuncian sus específicos infalibles? ¿Qué vértigo

ha acometido á todos, especialmente á los republicanos?

Pronuncia un discurso cualquier jefe ó realiza un acto á que está obligado por el puesto que ocupa, y primero por telégrafo y luego por correo se le dicen tales cosas, que nos obligan á bajar los ojos avergonzados.

¿Es que el entusiasmo se desborda y recurre á la hipérbole para manifestarse mejor? No. Es que la vanidad de los ignorados aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para exhibirse. La culpa no es toda de ellos, sino de los favorecidos que se lo consienten cuando no los alientan; de los que en sus periódicos insertan las felicitaciones que les dirigen, y que aun siendo sinceras y merecidas, no deberían publicarse.

Con motivo de la última excursión á Barcelona del Sr. Salmerón, esas manifestaciones de nuestro rebañamiento y decadencia han llegado al delirio.

«El hombre más sabio del mundo, el orador más eminente, el filósofo más grande», todo esto se le ha dicho por haber cumplido con el sencillo deber de no dejarse arrebatar su acta de diputado sin protestar del atropello.

¡Y qué detalles! Que si salió, si entró, si comió, si bebió, si dijo, si pensó...

¿Qué más hicieron los boulangieristas en el período álgido de su fiebre? ¿Qué diferencia existe ya entre los cortesanos que adulan servilmente á sus reyes, y los demócratas que se deshacen en elogios á sus jefes? ¿Por qué han de parecerse los entusiasmos que el mérito de determinadas personalidades provoca, á las exhibiciones lacayunas?

Justo es honrar á los hombres que lo merezcan, bien por su talento, bien por sus servicios, pero de la manera seria y digna que cumple á quien tiene conciencia del acto que realiza, no poniendo en ridículo á quien se pretende ensalzar.

Tolerable es que el entusiasmo se exagere un poco, mas sin repasar los límites del propio respeto, ni demostrar que llevamos aún en las venas bastantes gotas de sangre de aquellos que en el primer cuarto de este siglo desenganchaban las mulas del coche de Fernando VII, y en el último sustituyen orgullosos á los caballos de la jardinera de cualquier torero afortunado.

Esto de que, no bien cualquier jefe pronuncia diez palabras, escribe cuatro líneas, ó se traslada de un punto á otro caigan sobre él los epítetos de eminente, indiscutible, insigne y otros de este jaez, no puede verse ni oírse con calma; y menos que ellos se paguen de esos calificativos y nos los ofrezcan aderezados en sus periódicos con salsa de vanidad femenina.

Así, menos exageración en quienes los prodigan, y más dignidad en quienes los reciben; y aquellos que encarecen á cada paso la conveniencia de formar costumbres políticas, sean los primeros en dar el ejemplo, evitando que continúe la que á todos nos rebaja por igual, como españoles y como republicanos. Como espa-

ñoles, por tener fama de altivos; y como republicanos, por el deber en que estamos de ser demócratas.

1891

Boulangerismo moral

Han dado ciertos republicanos en presentar cual modelo de honradez á su ídolo respectivo, haciendo de esta cualidad general un mérito raro. ¿Será que, no encontrándole otros, le cuelgan el de la honradez, por la misma razón que se llama simpática á la mujer fea?

Lo que no me explico es que ellos no se ofendan. Si alguien me ensalzase por honrado, antes lo tomara por ofensa que por alabanza, pues supondría que alguna vez había dudado de que lo fuese.

Pero hay algo más grave, y es que cada fetichista califica á su jefe de más honrado y más íntegro que todos. Y aparte de que en esto no caben clasificaciones, sino serlo ó no serlo, ¿qué idea tienen de sí propios los que así hablan? Mediana debe de ser cuando conceden que alguien puede superarles en este punto.

Además, el ser honrado ¿es un mérito tan grande que deba encarecerse? ¿Estamos tan encanallados ya que, cuando por rara suerte se tropieza con un hombre de esa clase, hay que echar las campanas á vuelo y presentarlo á la admiración del mundo?

Habría que preguntar á los que tal hacen, en qué consiste para ellos la honradez. ¿Acaso en abstenerse de ejecutar actos que llevan á la cárcel? Esto pudiera ser miedo en algunos casos.

Y diré más, porque no me duelen prendas. La honradez en los hombres superiores no puede ni debe encerrarse en moldes vulgares, sino en los que exija el puesto que ocupen, la obra que realicen ó el fin que se propongan.

En el sentido pequeño y mezquino que el vulgo toma esa cualidad ¿fueron honrados muchos hombres que impulsaron poderosamente á la humanidad por el camino del progreso? No; todo lo contrario. Y, no obstante, se les aplaude, se les ensalza y se les reverencia; porque si no ellos, su obra fué honrada, que es á lo que debe atenderse en primer término.

Hay políticos honrados que jamás dan que hacer á los jueces, pero que no realizan tampoco una obra honrada que les haga dignos de la admiración pública.

1891

O con ellos ó contra ellos

No se puede ser indisciplinado á medias, como no se puede ser católico á medias. «Yo creo en la eficacia de la Misa, pero no en la Confesión». El católico que así hablase, no sería católico. Para estar dentro de la ortodoxia, hay que creerlo todo, hasta que habló la burra de Balaam, milagro el más creíble, puesto que tantos clericales hablan.

No tratemos de engañarnos con sofismas ni con distinguos.

La disciplina se entiende hoy de una

manera depresiva para el individuo, y entre los republicanos más aun que entre los monárquicos. Todo el que no se somete, á los jefes más aun que á la doctrina, está perdido. Por esto, al sacar la espada para combatirlos, hay que hacer lo que yo: romper la vaina.

Los jefes republicanos no perdonan: se necesita mucha talla para eso. Por tanto, tenga entendido todo aquel que con ellos se meta, que no será perdonado; cuando más será tolerado, si las circunstancias lo aconsejan. Sé á qué atenerme respecto á esto. Y todavía pudieran transigir en alguna ocasión con el que valientemente los hubiere atacado; nunca con el que no se atreviera á romper de frente. Podemos estrechar la mano al que nos dió un balazo; no al que tuvo intención de ponérsela en la cara.

No hay que olvidarlo: lo mismo es juzgado en el ejército el inferior que da una bofetada á un jefe, que el que le descarraja un tiro; lo mismo es anatematizado el periódico que disiente del jefe en una cuestión de detalle, que el que disiente en un punto de doctrina; más aun aquél que éste.

Si Daoiz y Velarde amenazan á sus jefes con indisciplinarse, hubieran sido fusilados sin gloria; faltaron á la disciplina sin anunciárselo, y al morir resultaron héroes.

Muramos con gloria, sino podemos vivir con dignidad.

1898

Desgracia que alegra

Con menos alegría recibe el presidario la noticia de su libertad, que va á separarle de su compañero de cadena, tanto más odiado cuanto más tiempo estuvo unido á él, que cada fracción republicana ha saludado la unión. Los que por el bien parecer se duelen de ella, lo hacen tan mal, que se ve retozar la alegría entre una y otra palabra de duelo. En cambio yo, al ver que la unión formada en nombre de la fraternidad ha acabado á manos del odio y el egoísmo, vuelvo los ojos hacia los tiempos en que nació, y recuerdo algo de lo que entonces decían sus partidarios.

«¡Ya somos todos unos! ¡Los jefes han rivalizado en abnegación y sacrificios para realizar la unión! ¡Los días de la monarquía están contados!». Esto decían. Y luego, cuando se triunfó en las elecciones en Madrid, aquello fué el delirio: hasta los progresistas creían ya innecesario el movimiento de fuerza; alguno de sus prohombres supo de buena tinta que la monarquía estaba haciendo ya la maleta.

Un periódico dijo en el colmo del entusiasmo:

«Consulten los monárquicos con su conciencia. Vean que la hora de morir ha llegado, y que si ayer fué día de combatir como caballeros, hoy es día de morir como cristianos.»

«Ya lo ve la señora que ejerce la Regencia. Acaba de ser destronada.»

«Ser vencido en Madrid, es recibir una

puñalada en el corazón. La monarquía acaba de recibir esa herida en el corazón.

Conterga con ambas manos la sangre y la vida que se derraman á torrentes, y piense con calma lo que le conviene hacer en su última hora.»

«La candidatura republicana salió ayer triunfante de las urnas de Madrid y de las primeras capitales de España.

La monarquía ha muerto. Por consiguiente, ¡viva la República!»

Y cuando así se entusiasmaban los partidarios constantes del movimiento de fuerza, ¿qué no dirían los que creen que por la lucha legal se puede alcanzar el triunfo? Su canto de victoria atronaba los oídos.

Hubo momentos, lo declaro ahora, en que al ver y oír aquello, llegué á dudar de si estaría yo equivocado, y en poco estuvo que no entonase el *yo pecador*.

Mas ¡ay! todo acabó apenas comenzado, llevándose ilusiones, esperanzas, República, y no dejándonos más que la monarquía, esa monarquía empeñada en vivir aunque sea con el corazón traspasado por la puñalada de muerte que le dimos en las elecciones de Marzo, y que parece resuelta á no morir de heridas de esa clase.

Hay, pues, que borrar las frases prodigadas en los discursos de aquella fecha: el patriotismo, al amor á la República y á la abnegación de los jefes, y en los millares de artículos de periódicos; la pícaro realidad se nos impone, y esta apreciable señora no se paga de palabras ni de hipérboles.

A borrarlas y olvidarlas, y reconocer que estamos perdidos si algún suceso imprevisto no viene en nuestra ayuda. Ninguna fracción puede sola hacer nada. Y si separados nada podemos hacer, y no hay medio humano de unirnos, ¿qué nos queda? ¿qué somos? ¿para qué servimos?

Cambiemos completamente de conducta, ó dejemos de pensar en el triunfo de la República. Continuemos siendo republicanos, pero por respeto á nosotros mismos, por dignidad como hombres y por consecuencia como políticos, no por creer que iremos á ninguna parte con los jefes que tenemos.

«¡Los jefes! Se necesita haber nacido esclavo por naturaleza para sostener á los actuales. Y, sin embargo, no haremos con ellos lo que ellos han hecho con el pueblo. El pueblo los unió, y ellos, que dicen á cada paso que la voluntad del pueblo es ley en las democracias, se separan sin consultarle, y sin haber realizado nada de aquello á que se comprometieron; ni siquiera una ruda, constante y fructífera campaña parlamentaria; lo menos que se les podía exigir.

Dentro de pocos días volverán al Congreso, del que sólo debieron salir para presentarse en otro terreno; y en cuanto cualquiera de ellos pronuncie un discurso, volveremos á echar las campanas á vuelo, á agotar en honor suyo los adjetivos más laudatorios, á dár de nuevo á la monarquía un mes ó dos de existencia; y cuando haya que ir nuevamente á los comicios, iremos como unos doctrinos, á reserva de llamarnos á engaño otra vez

cuando nos veamos otra vez burlados, sin comprender que en política no puede el hombre equivocarse tantas veces ni siquiera en nombre de la buena fe.

Y si alguno, con menos calma que los demás para sufrir por más tiempo en silencio que tres caballeros estén jugando con un partido poderoso, da la voz de alerta, que la turbamulta de ciegos é idólatras que rodea á cada uno, haga lo que hasta aquí; caer sobre él gritando desahogada: «¡á ese! ¡al traidor! ¡al apóstata! ¡al ambicioso! ¡se ha vendido á la monarquía!» Y que los gritos se difundan por todas partes, y enmudezcan los que pensaban hablar, y se asusten los pusilánimes, y vacilen los valerosos, y renieguen los independientes; y de este modo se perpetuará el mal, y seguirá el monopolio de la opinión é imperando la mentira, y continuará la restauración al compás de la gritería que lanzan los que creen cumplir su deber como republicanos, como españoles y como hombres, gritando por turno: ¡viva Zorrilla! ¡viva Pi! ¡viva Salmerón! y

Así se pasa la vida
y así se viene la muerte,
tan callando.

1894

Los programas

Los jefes republicanos, excepción hecha de Pi, se preocupan más de las clases conservadoras que del pueblo. Garantir los intereses creados; respetar los derechos adquiridos; conservar buenas relaciones con la Iglesia; pagar los intereses de la Deuda, las clases pasivas... Esto ofrecen. Pero como á la vez anuncian al pueblo toda suerte de bienandanzas, cabe preguntarles:

«¿Y cómo se las vais á proporcionar? Si el país está aniquilado, y ha de continuar con la República pagando lo que con la monarquía, ¿de dónde sacaréis el dinero?»

Mientras se trató de derechos políticos, fué fácil ofrecer y no sería muy costoso cumplir: unos cuantos discursos en las Cortes, diez ó doce votaciones, y en paz y jugando.

En lo otro no sería lo mismo. El dinero tiene pasmosa tendencia á esconderse en cuanto sospecha que alguien piensa buscarle el bulto.

Por esta razón, hoy la propaganda no puede hacerse como ayer; de aquí mi horror á los programas. Si son muy avanzados, asustan; si del justo medio, no convencen; si reaccionarios ¿para qué cambiar de régimen?

«Hay que atraerse á las clases conservadoras», dicen esos señores. «Corriente; mas no á costa del pueblo», contesto yo.

«Todo por el pueblo y para el pueblo»; gritan otros. A lo que replico: «Perfectamente; mas para esto hay que atacar á las clases conservadoras.» Y como no conviene amenazar sin tener el palo en la mano, lo mejor sería guardar prudencia hasta empuñarlo.

¿Qué haríamos una vez establecida la

República? Justicia seca. Parece que esa frase vale por cien programas.

Hacen reír los que han tomado por oficio defenderlos. Pasaron los tiempos en que la consecuencia en los detalles se tomaba por virtud. El hombre que aspire hoy a gobernar, debe trazarse una línea de conducta amplia, no encerrarse en el molde estrecho de un programa.

Y como de venir vendríamos en condiciones tremendas, rodeados de enemigos por todas partes, sin más recursos que la energía propia ni más ayuda que el propósito decidido, están demás todos los programas; todos, menos este: «Salvar la República, a toda costa y por todos los medios.»

¿Nos empeñamos en anunciarla y traerla metidita en un moldecito muy acabadito, muy perfeccionadito? Pues renunciemos a verla. A la República se le perdonaría todo, hasta que fuese brutal inclusive, con tal de que obrase en justicia. Con lo que nadie transigiría, ni las mismas clases conservadoras, sería con que fuese una continuación de la monarquía.

Y en vista de esto ¿quiere decirseme para qué sirven hoy los programas, como no sea para dividirnos y perturbarnos?

Pues no creo que niegue nadie esta gran verdad: las diferencias de ideas, más aparentes que reales entre los republicanos, se han mantenido únicamente para conservar las fracciones y las jefaturas; por lo tanto, estando ya casi por tierra, los programas resultan papeles mojados.

1897

El papirotazo

Ingresó en el hospital de San Juan de Dios un ciudadano con la nariz (convengamos en que era la nariz) hecha una lástima.

Por razones fáciles de comprender, se preocupaba mucho del porvenir de aquella parte importantísima de su individuo.

Al hacerle el médico la primera visita le examinó la nariz con bastante detenimiento, enterándose de la fecha en que se le presentó la enfermedad, su origen y los remedios que se le habían aplicado; y ya se retiraba sin emitir su opinión, cuando el paciente, entre ruborizado y temeroso, le preguntó con voz insegura en la que parecía haber puesto un ligero matiz de esperanza:

—Y diga usted, señor doctor, ¿habrá que cortarla?...

—¡No, no es necesario!...

—¡Oa! No sabe usted cuanto le agradezco...

—No es necesario, porque... Mire usted,

Y dándole un papirotazo en ella, la nariz cayó al suelo.....

Lo mismo ocurre con el prestigio de los prohombres del republicanismo. No hay que derribarlo: está por los suelos.

¿Que por qué los combato entonces? Porque hay todavía correligionarios que

se empeñan en ver tocinos donde no hay ni estacas, unos por exceso de buena fe y otros por sobra de cálculo.

1900

Rectificación de conducta

Si la República viniera por arte milagroso, ya que para traerla no servimos, duraría menos que la de 1873 si desde ahora no declaramos todos que el republicano es un partido burgués, *el más radical de los burgueses*, pero al mismo tiempo el único en condiciones de implantar en España el reinado de la equidad, dentro de la ley, cuando se pueda; fuera de la ley, cuando se necesite.

Si no declaramos esto, y seguimos empleando los tópicos de moda en 1848; anunciando todos los días la buena nueva; ofreciendo lo que sabemos que no podríamos cumplir; diciendo que la monarquía es débil y no tirándola; celebrando mítins donde la batuta del delegado del Gobierno regule el compás, y halagando las pasiones de los que mañana tendrían razón para rebelarse contra nosotros por no habérselas satisfecho...

Mientras nos entretengamos en fundar casinos y centros con tesoreros sin caja y bibliotecarios sin libros, celebrando en ellos veladas musicales y dramáticas y bailes de trajes; y perpetremos kermeses, y explotemos tómbolas; y recibamos a los oradores trashumantes con músicas, palomas y flores, satisfaciendo así pasadas nostalgias de vanidades pequeñas...

Mientras celebremos banquetes con cualquier pretexto y conmemoremos fiestas nacionales y extranjeras en vez de trabajar para que en lo porvenir sea célebre una sola...

Mientras nuestros diputados ejerzan de figuras decorativas los unos, y los otros permanezcan tranquilamente en su casa velando por sus particulares intereses, y la oposición que hagan todos no sea constante y ruda, en vez de enardecerse tres ó cuatro días para caer luego en silencios inexplicables, y no se convenzan de que se les ha enviado allí de jornada, no de residencia, y con el único objeto de preparar la revolución, por ser el único sitio donde se puede hablar claro, alto é impunemente...

Mientras se ponga lo secundario sobre lo principal, esto es, las elecciones sobre la labor revolucionaria, y se sueñe con traer setenta diputados, llegará pronto el día, siguiendo como vamos, en que no ganemos diez actas en buena lid; y nos contentemos con predicar a los convencidos en vez de atraernos por la grandeza de nuestros actos a los vacilantes y los indiferentes.

Por último, mientras no ofrezcamos a la nación la seguridad de que constituiremos un gobierno fuerte que encauce todo lo que está desbordado y garantice que acabará todo predominio de clase; y que, dejándonos de cuestiones chicas, nos dedicaremos en cuerpo y alma a iniciar, implantar y sostener todo

lo que tienda al engrandecimiento moral, intelectual y material de España; mientras esto no hagamos, será inútil, repito, que llamemos al ejército, porque no vendrá; que ofrezcamos programas recortados al pueblo, porque no nos hará caso.

Y cada día iremos perdiendo más fuerza; y los que pudieran venir a sumarse con nosotros al convencerse de que la monarquía es ya impotente para resolver las cuestiones que afectan al presente y al porvenir de la patria, verán venir la tormenta sin apartarse de donde están, por temor a que se agraven con nuestro triunfo los males que hoy sufrimos.

En suma, si no se rectifica, y pronto, la marcha seguida, ó no vendrá la República, ó vendrá cuando todos hayamos desaparecido del mapa. Y esto demostraría que ninguno de los que hoy bullimos, ya charlando, ya escribiendo, ya amenazando, ya conspirando, habíamos servido para nada. Y entonces se echaría de ver que todos los aplausos, todas las ovaciones, todos los vivas y todos los homenajes que hoy prodigamos habían sido injustos.

Si, no rectificando la marcha seguida, todo lo que hagamos podrán ser acaso buenos deseos, pero mal encauzados; losables trabajos, pero infecundos; propósitos nobles, pero irrealizables; y acusará en todos nosotros más apego a la rutina, que afán por romper los moldes viejos; más persistencia en mantener preocupaciones antiguas, que grandeza de espíritu para olvidarlas; más acomodamiento con el medio, que anhelo por variarlas; más empeño en hacer ver que hacemos, que impaciencia por ejecutar; más culto al egoísmo, que amor al sacrificio; en fin, más cálculo que abnegación...

Todo esto tiene remedio aún, y creo que se le pondrá; mas convendría que fuera pronto, como he dicho, para que no se nos echaran encima sucesos que pudieran aumentar dificultades a nuestra empresa, variando la orientación de España, y no dejándonos otro consuelo que el de pensar en qué, alardeando de consecuentes federales, inmutables progresistas ó entusiastas unionistas, fuimos sólo unos necios, cobardes é incapaces.

1905

La causa del mal

¿Por qué estas divisiones que enervan al partido republicano? ¿Por qué estas desconfianzas que paralizan su acción? ¿Por qué estos odios que le llevan a apoyar directa ó indirectamente al contrario antes que a entenderse con el amigo?

Porque la idolatría, que nació con la revolución y creció durante los once meses que dominó la República, no ha desaparecido; más bien ha aumentado.

Porque, olvidándose de lo que hicieron en 1873, de sus torpezas incalificables, de sus emulaciones ridículas, de sus cobardías inconcebibles, existen aún hombres que aplauden a los jefes y los siguen.

¡Lo que hicieron! No se puede hablar de esto sin sentir ahogos de indignación.

El uno, Pi, al ver proclamarse el cantón que sus predicaciones habían preparado, se encoge de hombros, y ni se pone resueltamente á su lado, ni cara á cara lo combate. Entretiéndose en despachar expedientes sin importancia, y en examinar por sí propio las cuentas de las obleas y lápices que se gastan en el ministerio de la Gobernación, donde sostiene á gran número de moderados, en vez de colocar á los correligionarios que le habían ayudado á escalar aquel puesto.

El otro, Salmerón, que acepta la Presidencia de la República rigiendo el Código militar, se las echa de puritano después por no aplicar la pena de muerte, necesidad dolorosa mientras haya Ejército, y baja del poder, lo cual no le impide apoyar á Castelar que sube á aplicar aquella pena. Antes de esto declara piratas á los buques de la Armada española porque habían caído en poder de los cantonales, dando derecho á los extranjeros para apresarlos, como así lo hicieron.

Castelar entrega el mando del Ejército á los generales alfonsinos, echando así los cimientos de la Restauración; nombra obispos y exagera el sentido conservador hasta un punto que llena de alegría á los reaccionarios que están en acecho.

En cambio, eso sí; guerra encubierta de unos á otros, zancadillas en la sombra, insidias con honores de traición, odios que á lo mejor estallan, envidias que pierden la República...

Y aun todo esto hubiera podido pasar, si, á imitación de los revolucionarios franceses, se hubieran destrozado levantando sobre las ruinas de su honra, su porvenir, ó sus cadáveres una obra imperecedera. Pero no; ni una ley en armonía con la idea republicana, ni una resolución viril que aterre á los enemigos, más envalentonados á medida que ellos se muestran más débiles; ni nada, en suma, que indique dotes de estadista, energías de convencido, arranques de hombre.

Por fin caen, y caen como merecen, á puntapiés; siendo la de 3 de Enero la noche más vergonzosa que registra la historia contemporánea. Uno de los tres jefes se desmaya, otro se esconde, el tercero enmudece. Y en vez de la República, devuelven al Pueblo, que se la había confiado once meses antes, una sedición militar triunfante y la Restauración en perspectiva.

¡Y si á lo menos hubieran tratado de remediar sus desaciertos luego! ¡Si repuestos de la sorpresa se hubieran unido para derribar lo que sobre las ruinas de la República se alzó, deponiendo en el altar de la patria sus odios y sus antagonismos!

Pero no: sus odios eran tan tenaces, que persisten todavía. Si hubieran tenido para salvar lo que les fué confiado, el tesón y la entereza que para aborrecerse entre sí, aun existiera la República.

Mas no es esto lo más triste, sino que

los republicanos, que fraternizan cuando la casualidad ó algún interés común los reúne, no prescindan de esos hombres funestos, ó no les obliguen, so pena de abandonarlos, á coligarse en bien de la patria.

¿Qué se diría de un hombre que guardara en el bolsillo una moneda de oro para cuando se le presentase un compromiso, y al llegar éste, y ver que era falsa, no la arrojase airado lejos de sí? Que era un imbécil ó que trataba de estafar á alguien con ella.

Pues saquen la consecuencia los republicanos y vean si les conviene pasar por lo que no son.

1888

La clave

Con toda la modestia que á mi importancia corresponde, voy á dar la clave de la política que sigo, para que los siglos por venir no anden locos buscándola, y para que á la vez se envanezcan los españoles á quien ha cabido la alta honra de ser contemporáneos míos. La clave es esta:

La República puede venir, no por la voluntad y los esfuerzos de los hombres prestigiosos que en su seno cuenta, sino por la fuerza incontrastable de las circunstancias; y en tal supuesto, he de confesar que me da miedo pensar en que pueda caer en manos de los Sres. Salmerón y Pi, que contribuyeron á perderla el 73, ó en las del Sr. Zorrilla, cachetero de la monarquía democrática, no habiendo éste ni aquéllos comprendido todavía que no son los amos del pueblo, sino sus servidores, y que deben obedecerle y tenerlo á mucha honra.

Son los tres varones eminentes, egregios, ilustres, sabios y hasta honrados, según les venimos diciendo hace años, cualidades que les reconozco sin discutir, y, aun si me apurasen, añadiría que tienen todas las virtudes que honran y enaltecen al hombre, *menos* (¡perdón, fetichistas, por la herejía que voy á lanzar!) *menos* las de hombres de Estado, políticos previsores, revolucionarios activos y enérgicos, que son precisamente las que se necesitan para gobernar una nación y afianzar una forma de gobierno.

Las cualidades aquellas tan encomiadas las poseían ya en 1873, y, con ser ellas tan hermosas y admirables, creo, si no me es infiel la memoria, que no les ayudaron gran cosa á evitar los conflictos ni á inspirarles salvadoras soluciones. Tal vez consista en que esas cualidades aisladas sirven mejor para alcanzar la eslimación de los conciudadanos y hasta la bienaventuranza eterna, que para gobernar con acierto.

Cada vez que pienso que esos señores, especialistas en enterrar formas de gobierno, pudieran disponer nuevamente de la suerte de la nación, y uno, Zorrilla, cometer torpezas parecidas á la disolución del cuerpo de artillería sin tomar en el acto medidas que facilitaran su sustitución frente al carlismo en armas; y

otro, Salmerón, sacar á colación su conciencia ante tres guerras civiles y negarse á aplicar leyes por cuyo exacto cumplimiento debía velar; y otro, Pi, vacilar en las ocasiones supremas, francamente, se me ponen los pelos de punta.

Y no sólo temo que obren como entonces, sino también que su indecisión para resolver, su negligencia para obrar, su culto por lo pequeño y su falta de arranques en los momentos decisivos, nos llevarán á la catástrofe otra vez.

Uno de los argumentos que se hacen ahora para disculpar el fracaso de los jefes en 1873, es que había tres guerras civiles, los monárquicos nos combatían y nadie nos daba un ochavo.

Indudablemente podríamos haber vivido mejor, si los monárquicos hubieran puesto á nuestra disposición sus vidas y haciendas, ya que nosotros no quisimos tomarnos el trabajo de exigirselas en bien de la patria; y si además hubieran llevado su bondad hasta darnos serenata todas las noches. ¡Qué plácida y qué dulce y qué pastoril hubiera sido entonces la vida de la República!

Pero, nada; los pícaros nos combatían por todos los medios y con todas sus fuerzas, y nos creaban cuantos conflictos y dificultades podían, conducta que, sin duda por lo incorrecta, no han querido imitar nuestros pulcros jefes durante la restauración.

Pero es el caso que, si la República volviera, nos encontraríamos con las mismas dificultades, ó mayores aún, y como esos señores seguirían como antes, debemos precavernos con tiempo para no ser otra vez víctimas de sus egregias cualidades.

Un insigne escritor republicano, Alfredo Calderón, dijo hace pocos días en un artículo titulado *Hombres nuevos*:

«Hacen falta hombres nuevos; hombres que, si no han demostrado todavía su acierto, no hayan á lo menos patentizado su incapacidad. Entregándose en sus manos, el país podrá exponerse á un riesgo, pero no va á sabiendas al desastre.»

Calderón se refería exclusivamente á los monárquicos; mas yo, no creyendo que la verdad tenga partido, hago mía esa idea, y se la aplico á los Sres. Pi, Zorrilla y Salmerón, que ya han patentizado su incapacidad, y, que, por lo tanto, ir con ellos sería ir al desastre á sabiendas.

1892

"Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

Dios ante el sentido común

UNA PESETA

LA RELIGION

AL ALOANOR DE TODOS

Una peseta.

Las indulgencias

por

ROBERTO ROBERT

quien tiene poder para perdonar los pecados.»

¡Necios! Como si Dios no pudiese delegar ese poder en sus ministros, del mismo modo que á veces les trasmite el de hacer milagros.

**

Ponía un hereje el ejemplo siguiente: Supongamos que un cristiano se halle condenado á una penitencia de tres años, y que con motivo de inaugurarse una iglesia, se les ocurre á tres obispos la idea de conceder cada uno un año de indulgencia. ¿Qué sucederá? Que por tres dineros ganará aquel pecador tres años de indulgencias.

¡Como si no fuese un gran bien que á los pobres se les hiciese una buena rebaja en los precios de entrada y localidades del cielo!

Y ya mucho antes Pedro de Brui, hereje burlón y chocarrero, decía: «De nada pueden servirles á los pecadores muertos las ofrendas; pero aprovechan á los sacerdotes vivos, para quienes son instrumento de poder y marantial de riquezas.»

Repare, repare el piadoso en esto: la manía de todos los antirreligiosos siempre encamina sus discursos á atacar en la Iglesia católica el miserable dinero, sin considerar que éste era el patrimonio de los pobres.

**

Afortunadamente los dardos al parecer mortíferos que la herejía disparaba contra la Iglesia, se convirtieron siempre ó casi siempre en monedas de oro para ésta.

Desde el siglo XII se dirigieron rudos ataques á las indulgencias, pero la Iglesia las fué multiplicando y poniéndolas al alcance de las familias menos acomodadas; y sobre los misterios, sobre el nacimiento y la muerte y pasión de Jesús y sobre los santos instituyó indulgencias á centenares, á millares, á millones, á sumas innumerables, y no hubo buen cristiano que no tuviera un cachito de perdón asegurado, ya para malas palabras, ya por hurtos, ya por distracciones durante sus rezos, ya por homicidios, ya por ideas pecaminosas; y el caudal de los pobres guardado por la Iglesia llegó á ser tanto, que si no hubiera sido pecado extinguir el pauperismo, porque Dios había dicho: «siempre habrá pobres entre vosotros,» la Iglesia habría enriquecido á todo el que padecía privaciones, sólo con desprenderse de una parte de su bendito peculio.

..

Más adelante, cuando ya las salvado-

ras ideas de la Edad Media comenzaban á padecer el breve eclipse que aun hoy priva de su luz á las inteligencias, hubo un loco inglés, un tal Wiclef, que disparó horriblemente sobre esta materia.

¿Por qué, preguntaba, ha de disfrutar el rico de un favor espiritual que se le niega al pobre? Y aun si ese favor es realmente espiritual no puede venderse; lo contrario de poner á los hombres en error, es entregarse al más execrable bandolerismo.

Bien se conoce en estas breves expresiones el lenguaje del impío. Me parece que no me lo negará nadie.

**

Wiclef olvidaba que unos hemos nacido para mandar y otros para obedecer. El rico era el señor, el pobre era el siervo. Ya hemos visto que lo que en el rico era leve falta, en el pobre era pecado enorme. ¿Quería aquel impío que la Iglesia hubiese perdonado por el mismo precio una leve falta que un gran delito?

¡Ojalá! A qué abismos precipita la falta de luces divinas!

**

Es horroroso para un buen católico pensar en los bárbaros ataques dirigidos por los herejes contra las indulgencias, y además de horrorizar, deja patético la audacia que á ese propósito mostraron algunos impíos revolviendo todos los fundamentos de la Iglesia, en particular los fundamentos de la gracia y los místicos orígenes de sus caudales.

En la obra titulada *Monumenos de la Edad Media*, se encuentra una *Disputatio adversus indulgencias*, que escandaliza y parece ser el laboratorio de todos los sofismas empleados para apartar á los hombres del piadoso mercado de los perdones.

Juan de Goch, Huss, Wessel, Wiclef, Lutero, todos, en una palabra, todos los anti-católicos empezaron á condenarse por ese mismo camino.

**

¿Querían en su impía locura avergonzar á la Iglesia, suponiendo que en esta materia no seguía la doctrina de San Pablo? ¡Insensatos! ¿Eran ellos ó la Iglesia el legítimo intérprete de aquella doctrina?

Si alguna prueba necesitáramos de lo muy errados que anduvieron aquellos herejes, la prueba nos saltaría á la vista considerando que todos sus argumentos no les produjeron un real, al paso que las indulgencias proporcionaron grandes, enormes cantidades á la esposa de Jesucristo.

**

Decía uno de aquellos trastornadores: «El hombre es incapaz de mérito alguno delante de Dios; el hombre lo debe todo á la gracia; pero si fuese capaz de méritos y éstos pudieran compensarse con indulgencias, resultaría de ahí que la gracia se compraba y vendía como se compra un buey ó un asno.»

Modo de discurrir estúpido, sobre todo para los creyentes. ¡Pues qué! ¿el que compra un buey gracioso no compra la gracia con el buey?

**

Estas disputas y otras sobre lo mismo dieron pretexto y ocasión para las frases más calumniosas contra la Iglesia, habiendo llegado á decir un impío belga, que sin calumnia para el catolicismo se le podría tachar de que por espacio de siglos su moral sólo ha consistido en una operación mercantil en provecho de las arcas pontificias.

**

La gracia y la justificación fueron temas de aquellos grandes debates; pero lo cierto es que el cielo se mostró claramente propicio á los que hacían de las indulgencias una especie de jabón espiritual para lavar toda clase de grasas en las almas, de cualquiera calidad que fuesen.

Para amenguar el brillo de la Iglesia, supusieron siempre los herejes que mal podría salvar á nadie quien llevara el pecado, y la corrupción en su seno, y repitieron mil veces aquellas palabras que por un exceso de buena fe había escrito Inocencio III en 1204, palabras que se reducían á lo siguiente: «Los herejes tienen tanta mayor facilidad para triunfar de la gente sencilla, cuanto que la conducta que siguen los obispos encuentran funestos argumentos contra la Iglesia.

La Iglesia respondía:

Por un perro que maté, me llamaron mata perros; decíalo en latín y cantando, y seguía sacando almas de pecado mortal; y los herejes replicaban con las palabras pronunciadas por el mismo pontífice en el Concilio de Letrán, donde expresó la opinión de que la pérdida de la fe y la falta de sentimientos religiosos eran consecuencia de la corrupción del clero.

**

Pero lo cierto es que si la Santa Sede había de regir el mundo, no podía impedir que á ella fuese á parar el dinero de los fieles, ni podía impedir que las minas dejaran de producir metales preciosos, que una vez acuñados se empeñaban en servir para el culto de Dios y el alivio de sus ministros.

**

La Iglesia, según dice ella misma, no puede engañarse ni engañarnos.

Si tratásemos de un particular, diría yo como suele decirse: hay que creerlo ó matarlo; pero como de la Iglesia no puede uno hablar en esos términos, digamos cualquiera otra cosa.

Digamos, por ejemplo, que uno de los medios más eficaces que tenemos para salvarnos, consiste en hacer bien al prójimo.

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID